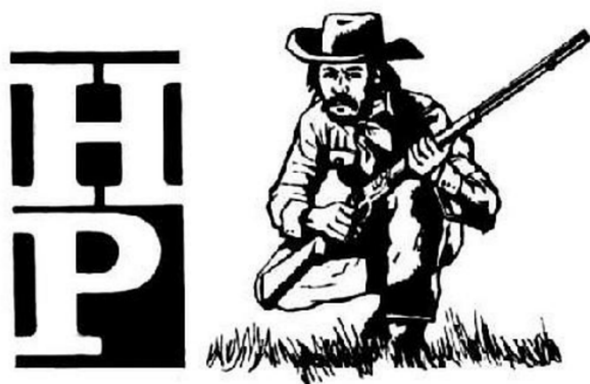


EL RANCHO DE LOS BERKELEY

Silver KANE



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

EL RANCHO DE LOS BERKELEY

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 551
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 15.857 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: julio, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO
UN PISTOLERO CON PRISA

Ted Evans alzó un poco la mano derecha, manteniéndola alejada del revólver. Pero todos los que le miraban se dieron cuenta de que sus dedos ágiles y largos estaban a punto para disparar.

Una leve sonrisa flotaba en sus labios.

No parecía preocuparle en absoluto el hecho de que sus enemigos fueran dos, y además de los que peor fama tenían en toda la comarca de Abilene.

Uno de ellos susurró:

—Parece que te han dado orden de matarnos, Ted.

Ted hizo más ancha su sonrisa, mientras seguía manteniendo la derecha a prudente distancia del revólver.

—Pues sí —susurró—, me han dado orden de que os mate, pero aún hay una posibilidad de arreglo.

—¿Qué pasa? ¿Te han contratado los vecinos de esta cochina ciudad?

—Sí, y me han dicho que debo exterminar a cinco hombres. Dos de ellos sois vosotros.

Decía aquello con la mayor tranquilidad, como si el hecho no tuviera importancia, como si no fueran sus dos enemigos los que pudiesen liquidarle a él.

—Creíamos que ya no trabajabas —dijo uno de ellos.

Evidentemente trataban de ganar tiempo.

Trataban de situarse mejor.

Ted Evans se encogió de hombros suavemente.

—Es verdad —dijo—, hacía bastante tiempo que no aceptaba el trabajo de «pacificar» una ciudad echando de ella a todos los indeseables. Últimamente me dedicaba a conductor de manadas.

—¿Y por qué has vuelto a tu antiguo oficio?

—Porque lo de conductor de manadas no lo pagaban bien, y yo

soy un hombre que necesita mucho dinero. En cuanto me dijeron: «Muchacho, si en Abilene hay cinco cadáveres tú ganaras cinco mil dólares», me vine para aquí.

—¿Y no has pensado que uno de los cadáveres puede ser el tuyo?

—Nunca pienso en eso. Son riesgos normales del oficio.

Sus dos enemigos se habían distanciado un poco mientras hablaban.

Así ofrecían menos blanco.

Ted Evans susurró:

—Pero de todos modos el asunto aún puede arreglarse.

—¿Arreglarse cómo?

—Si os expulso de la ciudad no me pagan tanto como si os mato, pero me pagan al fin y al cabo. De modo que podemos llegar a un arreglo.

—¿Qué arreglo?

—Vosotros os largáis y yo cobro.

Los dos pistoleros no pudieron evitar una sonrisa.

Extraño fulano aquel tal Ted Evans.

Lástima que acabaran matándole.

Uno de ellos barbotó:

—¿Has pensado que para estar tranquilos nosotros necesitamos liquidarte a ti?

—También ése es un riesgo del oficio.

—Pues vas a lamentar haber venido a Abilene. Vas a lamentarlo durante un solo minuto…

—¿Lo que tarde en morir?

—Justo. Lo que tardes en morir, muñeco…

—De todos modos a mí me gustaría arreglarlo pacíficamente y por las buenas —musitó.

—¿Por qué?

—Porque tengo prisa.

—¿Prisa para qué?

—Cosas mías.

Los dos hombres habían ido acercándose lentamente las manos a las culatas.

Ted Evans parecía no darse cuenta.

Todos los que estaban en el *saloon* se habían apartado de la

línea de tiro. Muchos de los clientes yacían en el suelo. El dueño se había parapetado tras la barra, pero nadie quería perderse detalle del desafío.

Ted Evans murmuró:

—Repito que tengo prisa. ¿Queréis que lo arreglen…?

No llegó a terminar la palabra.

Los dos pistoleros se movieron al mismo tiempo. Ambos sacaron los revólveres con velocidad vertiginosa.

Ted Evans pareció desprevenido.

Dio la sensación de que sus dos enemigos iban a acabar con él.

Hasta el dueño del *saloon* pensó: «Pobre muchacho. Al fin y al cabo era simpátic…».

Tampoco él llegó a terminar su pensamiento.

Habían sonado dos detonaciones.

Hubo un grito de asombro.

Durante los primeros segundos nadie lo creyó.

Los dos pistoleros se habían contorsionado casi al mismo tiempo, apretando los gatillos. Pero cuando lo hicieron, ya habían sido alcanzados por el plomo. Una de las balas se empotró en la barra y la otra pulverizó una botella.

Ted Evans no había sufrido el menor daño.

Sus dos disparos fabulosos, casi increíbles, habían sido hechos desde la cadera y sin sacar el «Colt», tirando a través de la funda.

Las balas fueron implacables.

Una de ellas alcanzó en la cabeza al enemigo de su izquierda. Y la otra perforó el corazón del que estaba a la derecha.

Ted Evans volvió a remeter bien el revólver en la funda.

Y musitó:

—¡Lástima! Con la prisa que tenía…

Todo el mundo le miraba con asombro.

Parecía mentira que no diese importancia al hecho de haber acabado con dos de los pistoleros más peligrosos de la comarca.

Ted Evans extrajo su reloj de oro.

Lo consultó.

—¡Diablos! —dijo.

El dueño del *saloon* era el que más asombrado estaba.

Masculló:

—¡Pero oiga! ¿Se da cuenta de que acaba de matar a dos

hombres peligrosísimos y acaba de ganar dos mil dólares?

—De lo que me doy cuenta es de que se me hace tarde.

—¿Tarde para qué?

—Es cosa mía.

Y Ted Evans salió a toda prisa.

Atravesó la calle, metiéndose en un pasaje estrecho que le llevó a otra calle paralela a la primera.

Allí había otro *saloon* mucho más rutilante que aquel del que acababa de salir.

Lleno de luces.

Se llamaba La Bella Dori.

Y había junto a la entrada el dibujo de una mujer pelirroja, despampanante, luciendo sus fabulosas piernas ceñidas por medias negras.

Ted Evans se coló dentro.

Pero no lo hizo por la puerta que empleaba para entrar todo el mundo.

Lo hizo por otra sobre la cual se leía: «Prívate. Artists Only». O sea «Artistas solamente».

Pero Ted era un artista.

A su manera.

Subió unas escaleras como un rayo.

Abrió otra puerta donde decía también: «Prívate».

Corrió por un pasillo.

Y se encontró ante otra puerta donde se leía: «Prívate, Prívate, PRIVATE» en letras cada vez más gordas.

Pero él no hizo maldito caso.

Entró también.

Dentro estaba la pelirroja.

Con su fantástica figura.

Con sus fabulosas piernas ceñidas por medias negras. Ella le miró con ojos llameantes.

No se dejó caer en sus brazos.

No, ni mucho menos.

Sólo barbotó:

—¡Ya era hora!

—Perdóname, cariño.

—¿Pero que te ha pasado?

—He tenido que resolver un asunto muy importante. Ella frunció el ceño.

—¿Mujeres?

—No. Hombres.

Ella frunció el ceño más todavía.

—Oye, a ver si estaba confundida contigo.

—No es lo que piensas, nena. Es que uno no da abasto.

—Pues podías haber dejado lo de esos hombres para otro día. Te he estado esperando.

—Lo sé.

—Yo figuro como dueña del *saloon*, pero el dueño es otro. Demasiado lo sabes. Es el asqueroso de Potter. Y si se entera de lo nuestro me pone de patitas en la calle y sin dejarme ni la ropa que llevo encima.

—Con eso haría un gran bien a la ciudad, cariño. La ropa no te hace maldita la falta.

—Tú eres un caradura.

—Eso me lo han dicho todas, preciosa. Pero no perdamos más tiempo.

—Ya no podemos hacer nada. Me toca actuar.

—Que se esperen.

—Es que si Potter se entera…

—¿Se muere del disgusto?

—Sí.

—Pues que se entere.

Y avanzó hacia Dori.

La sujetó por la cintura.

Debió hacerlo con demasiada fuerza, porque ella gimió:

—¡Bestia!

Ted Evans casi se asustó.

La sujetó de una forma mucho más suave.

Pero debió hacerlo con demasiada suavidad, porque ella gimió:

—¡Bestia!

—A las mujeres no hay quien os entienda, nena. ¿En qué quedamos?

—¡Que te des prisa!

Ted Evans susurró:

—Eso no necesito que me lo aconsejen, preciosa.

Y la atrajo hacia sí.

En la penumbra de la habitación sonó el chasquido de un beso…

Los dos hombres que estaban ante el ***saloon*** de Dori miraron hacia arriba y gruñeron:

—Tiene que ser aquí.

Ellos también empujaron la puerta.

Pero no la de todo el mundo.

Empujaron la que decía «Prívate».

Y llegaron hasta el pasillo.

Y hasta el camerino.

Entraron sin llamar.

Lo que vieron les hizo abrir la boca.

—¡Qué chica!

—¡Qué fabulosa!

Ted Evans se apartó bruscamente de ella.

Tuvo un respingo.

—¡Señor alcalde! —susurró—. ¡Señor secretario del alcalde! ¿Cómo están ustedes?

—Ya ve. Buscándole.

—¿Cómo sabían que estaba aquí?

—Amigo, eso lo sabe toda la ciudad de Abilene menos el señor Potter.

—Pues podían haber dejado el recado para mañana, cuerno. ¿No ven que estoy ocupado?

—Debe darse prisa.

—¿Prisa para qué?

—Cuando nosotros le contratamos le dijimos que tendría que matar o expulsar a cinco hombres.

—Ujú.

—Ha matado a dos.

—Ujú, ujú.

—Pero los compañeros de los difuntos, o sea Fairbanks y Torres están aquí. Y también sospechamos que está Dongil, pero eso no hemos podido comprobarlo.

—¿Y han venido para decirme eso?

—Es que Fairbanks y Torres le buscan.

—Bueno, pues con un poco de suerte no me encontrarán hasta mañana. Esta noche tengo mucho trabajo.

—Ni lo sueñe, amigo.

—¿Qué es lo que no puedo soñar?

—El buen nombre de Abilene y la tranquilidad de la ciudad exigen que mate a esos hombres —dijo el alcalde.

—Que los mate enseguida —dijo el secretario del alcalde.

—¡Pero, hombre…!

El alcalde le apuntó con el dedo.

—¿Qué prefiere? ¿Qué le maten a usted?

—Está bien, está bien… No hablemos más. ¿Pero y *si* los expulso no es lo mismo?

—¿Por qué prefiere expulsarlos?

—Porque emplearé menos tiempo y tengo mucha prisa.

La bella Dori se alarmó.

—¿Prisa para qué?

—Cosas mías.

—¡Explícame inmediatamente en qué consisten esas «cosas tuyas»!

El alcalde alzó un poco las manos, imponiendo paz.

—Hágase cargo, Dori. No armemos ahora una escena con esto. Si el señor Potter se entera…

—Eso salva a este sinvergüenza, porque si no…

Los dos hombres empujaron casi a Ted Evans hacia la puerta.

—Vamos, vamos… Tiene que darse prisa.

—No hace falta que me lo digan. Se me hace tarde.

—¿Tarde para qué?

—Cosas mías.

—Pues corra.

—¿Dónde están?

—En el *saloon* de Patrick.

Los dos que le habían buscado le dejaron en la puerta, Ted Evans salió a toda prisa.

Ya habían hecho bastante.

No querían meterse en más líos.

Ted Evans entró en el *saloon* de Patrick.

Éste era uno de los más tronados de la ciudad.

Se decía que había más ratas que clientes.

Y eso que los clientes salían hasta por la chimenea. Sus dos enemigos estaban allí.

Fairbanks y Torres.

Pero al más peligroso, a Dongil, no se le veía por ninguna parte.

Ted Evans miró su reloj de oro en el momento de entrar.

«¡Cuerno! ¡Qué tarde!».

Sus dos enemigos le echaron el ojo encima. Inmediatamente pusieron las manos sobre los revólveres.

Pero no se atrevieron a «sacar» aún.

Habían visto los cadáveres de los otros dos.

Y sabían que con un «pacificador» como Ted Evans no se jugaba.

El joven susurró:

—Lamento que hayáis venido a Abilene, muchachos. Se había acercado a la barra.

Pero mantenía la mano derecha levemente alzada, exactamente igual que antes de matar a sus dos primeros enemigos.

Fairbanks preguntó:

—¿Te estorbamos?

—No os negaré que me han ofrecido bastante dinero por mataros a los dos.

—¿Cómo a los otros?

—Bueno, como a los otros más o menos.

—No te será tan fácil.

Ted Evans sonrió.

—Bueno, podría haber un arreglo…

—¿Qué arreglo?

—Vosotros os largáis de la ciudad y yo cobro.

—Parece que lo mismo les dijiste a los otros.

—¿Os lo han contado?

—A nosotros nos lo cuentan todo.

—Pues haced caso. La lástima fue que vuestros amigos no quisieron. Yo sé lo decía de buena fe.

—¿De verdad tenías prisa?

—Mucha. Y ahora también la tengo. Os lo prometo. Si queréis largaros de la ciudad, aquí no pasa nada.

—Eso quisieras tú, Evans.

—Que no vengáramos a nuestros amigos.

—Pero estás listo.

—La sangre que has derramado va a mezclarse con tu cochina sangre.

—Os aseguro que…

—Trata de defenderte, cobarde.

Ted Evans sudaba de angustia.

No era miedo.

Nunca lo había tenido.

Pero pensaba que Dongil debía estar acechando y que le mataría por la espalda. Era casi lo normal.

Y no podía desviar los ojos hacía ningún lado buscándolo.

Los que tenían enfrente aprovecharían la oportunidad, aunque ésta durara sólo unas décimas de segundo Torres bisbiseó:

—¿Buscas a Dongil, muchacho?

Y miró hacia la izquierda.

De una manera maquinal, instintiva, Ted Evans miró hacia aquel lado también.

Demasiado tarde se dio cuenta.

Era una trampa.

Los dos enemigos que tenía enfrente «sacaron» a la vez.

Ahora sí que Ted Evans necesito toda su rapidez, toda su agilidad, toda su alta escuela de *gun-man* profesional. Una décima de segundo de vacilación y aquélla hubiera sido su última aventura. Pero la décima de segundo no llegó. Ted Evans pareció empotrarse en la barra. Resbaló hasta el suelo. La rapidez de sus movimientos fue tal que la primera bala no llegó ni a rozarle.

La segunda le produjo un levísimo rasguño en el brazo izquierdo.

Pero mientras tanto él ya había disparado dos veces.

La escena dramática de aquel *saloon* pareció copiada de la escena dramática del otro.

Sus dos enemigos también se contorsionaron a la vez, lanzando un alarido. Uno cayó con la cabeza atravesada y el otro con una bala en el corazón. Sus revólveres resbalaron hasta las tablas. Por inercia aún brotó una bala que pulverizó una botella.

Ted Evans hizo girar rápidamente el cañón del revólver, apuntando a todos los puntos del *saloon.*

Pensaba que Dongil tenía que estar allí.

Pero no había más enemigos a la vista. Al contrario, todo el mundo le miraba con la boca abierta.

El dueño del *saloon* barbotó:

—Infiernos… Llevaba años sin ver unos disparos así…

—Pues yo llevo toda la vida —dijo Ted—, porque no he tenido tiempo de verlos nunca.

—¡Ha matado a cuatro pistoleros en una noche! ¡Y se ha ganado cuatro mil dólares!

Ted pareció no hacer caso de aquello.

Otra cosa le preocupaba.

Consultó su reloj de oro.

Farfulló:

—¡Atiza!

Un viejo camarero le miraba.

—¿Qué le pasa?

—¡Es tardísimo!

—¿Tardísimo para qué?

—Nada, nada. Cosas mías.

—Oiga, Evans, debería usted pedir aumento de sueldo al alcalde.

—Lo haré mañana.

—¿Y por qué no ahora? Es un buen momento…

—No puedo. Se me está acabando el tiempo.

—¿Pero tiempo de qué…? ¡Vaya prisa! ¡Ni que se estuviera quemando la ciudad!

Ted Evans no contestó a este último comentario. Salió corriendo.

Parecía que iba a volver al *saloon* de Dori.

Pero no fue.

Pasó de largo.

Y se metió de cabeza por la ventana de una casa de juego.

Era el sitio donde se apostaba más fuerte de toda la ciudad.

Pero él no entró en la sala donde estaban los jugadores.

Él se metió de cabeza por la ventana que daba a la carbonera.

Patinó sobre unas mantas con las cuales estaban cubiertos los sacos, para que no hiciesen polvo.

Luego abrió una puerta.

Vio unas escaleras.

Subió.

Una puerta.

Y el consabido letrerito de «Private».

Pero Ted Evans no hizo caso.

Como si no supiera leer.

Se encontró en una alcoba donde había varios divanes y una magnífica cama con dosel.

Pero eso era lo de menos.

Había otra cosa que era lo de más.

La chica.

La chica que paseaba por la habitación con una *deshabillee* que hubiese mareado a una manada de bisontes. Ella se volvió al oírle entrar.

Dijo furiosamente:

—¡Ya era hora!

—Perdóname, nena.

—¡Ni «perdóname» ni cuentos!

—Es que no doy abasto, preciosa.

Ella puso los brazos en jarras.

—¿No das abasto a qué?

—A liarme con hombres.

—¿Queeeeé…?

—Está visto que no doy una. He querido decir a liarme con mujeres.

—¿Queeeeeeé…?

Ted Evans se rascó una oreja.

—Bueno… A liarme en general, nena. Así, sin concretar. Me meto en un lío, me salgo y me meto en otro.

—Tú sabrás lo que haces. Pero si es verdad lo que me han dicho… ¡te mato! ¡Juro que te mato!

—¿Qué te han dicho, mi vida?

—Que tienes un lío con esa vieja de Dori.

—Bueno, vieja no tanto.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi una vez un retrato suyo.

—Lleva las pestañas postizas.

—Pero las piernas no.

Ella puso los brazos en jarras otra vez.

—¿Qué dices, miserable?

—Nada, nada… El retrato, ¿sabes?, era de cuerpo entero.

—Lo que pasa es que tú la sabes muy larga.

—Sólo sé lo que me cuentan, preciosa. Soy novato en la ciudad.

—Pero ya has hecho muchos desastres. Y yo he sido una idiota

al encapricharme de ti.

—Hasta ahora no me lo has demostrado en nada, preciosa. Y ardo en deseos de que me lo demuestres. Por eso estoy aquí.

—¿Te parece pequeña la prueba que te doy? ¡Abandono una casa de juego que rinde una fortuna! ¡No he aparecido por la sala en toda la noche! ¡Y Robert puede darse cuenta! ¿Qué pasará si Robert sospecha algo y no se casa conmigo?

—Que seremos muy felices tú y yo, nena.

—Calla, calla… ¿Con qué dinero?

—Yo no me muero de hambre, muñeca.

—Pero yo necesito vestidos, pieles, joyas, hombres…

—¿Hombres…?

—Bueno… Hombres que me sirvan, he querido decir.

—Mira, nena, lo que pasa es que tú la sabes más larga que yo.

—Pues si es así me extraña que aún no me hayan metido en la cárcel.

Ted Evans se acercó a ella.

—¿Por qué perdemos el tiempo hablando? ¿Te das cuenta, vida mía? ¡Robert puede subir en cualquier momento!

—Eso es cierto, cariño.

—Aprovechemos los minutos —susurró él.

—Aprovechemos las horas —susurró ella.

—No, las horas no.

—¿Por qué? ¿Acaso vas a meterme prisa porque tienes otra cita?

Ted Evans lanzó un respingo.

Le habían adivinado el pensamiento.

Pero logró sonreír mientras mentía con su flema habitual.

—¿Cómo puedes ser capaz de imaginar eso, cariño? No tenemos ninguna clase deprisa. ¡Claro que no! Ven a mis brazos, chata. Soy todo tuyo, Isabel.

—Me llamo Nati.

—Tienes razón. ¡Qué idiota soy! Te amo con todas las fuerzas de mi vida, Nati.

Esta vez Ted logró decirlo con tono de absoluta convicción.

Claro que ni él se lo creía.

Pero Nati runruneó de placer.

Le ofreció sus labios.

—Bésame, amor mío.

—Con toda mi alma, amor.
—Ted…
—Nati…
Sonó el chasquido de un beso.
De dos besos…
Y Ted Evans apagó la luz con una mano mientras con la otra estrechaba a la mujer cada vez con más fuerza.
Los dos hombres se detuvieron ante la casa.
Uno gruñó:
—Tiene que ser aquí.
—Es verdad, señor alcalde.
—Yo nunca me equivoco, secretario.
—¡Pero parece imposible! ¡Si acababa de salir como quien dice de la casa de Dori!
—Ese hombre es un monstruo.
—Está liado con no sé cuántas. Especialmente con Nati. Todo el mundo sabe que está liado con Nati excepto el idiota de Robert, el dueño de la casa de juego.
—Pues hay que sacar a Ted de ahí.
—Ted no sabe que Dongil está en la ciudad.
—Dongil va a matarle.
—Hemos de prevenirle.
Y los dos hombres se acercaron a una ventana en la cual acababa de extinguirse la luz.
El alcalde susurró:
—Ted… ¿Me oye?
Y el secretario:
—Yupiiii…
Ted les oyó.
¡Claro que les oyó!
Justamente entonces se estaba animando de verdad.
Y lanzó una imprecación en voz baja.
Nati susurró:
—¿Quiénes son?
—¡El Ayuntamiento en pleno!
—¿Por qué no te dejan en paz?
—Eso es lo que digo yo. Me pagan para limpiar la ciudad, pero no para que deje sin atender a las mujeres que amo.

—¿«Mujeres» en plural?

—Bueno, la mujer a la que amo. Y que eres tú, cariño, naturalmente. Sólo tú, mi vida.

—Pues esos dos idiotas van a hacer que se entere hasta Robert. Y eso que es tonto, el pobre. ¿Qué piensas?

—No lo sé, pero lo que es esta vez no me pescan.

—¿Te han pescado antes?

—Sí.

—¿Dónde?

—Estaba… Bueno, estaba visitando a un enfermo. Un pobre amigo que no pasará de esta noche.

—En resumen, decídete, Ted. Esos dos gamberros están armando más ruido cada vez.

—Saltaré por la ventana trasera, y mientras tanto tú…

—¿Yo qué?

—Les echas un jarro de agua.

—Lo haré si me prometes que volverás mañana, amor.

—Volveré a menos que me rompa una pierna. Claro que yo nunca me rompo nada.

¡Ayyyyyy…!

Ted Evans acababa de saltar por la ventana.

Y acababa de saltar muy mal.

Por poco se rompe algo más que la pierna.

Quedó jadeante junto al porche, con la sensación de que un par de costillas le salían por las orejas.

Se puso dificultosamente en pie.

No podía decir que tuviera demasiada suerte esta noche.

Dos veces había tenido ligadas las cosas y dos veces le habían hecho salir de estampida.

Oyó las voces del alcalde y de su secretario que se aproximaban dando la vuelta al edificio.

—Ted, muchacho…

—¿Está usted ahí…?

—Tenga cuidado.

—Dongil le busca.

—Y ya sabe que Dongil es el más peligroso…

Ted Evans rechinó entre dientes:

«Pero al menos no es tan pelmazo como vosotros, aguafiestas».

Y pensó que ya le habían fastidiado la noche. No habría modo de ligar nada otra vez.

De modo que se dirigió hacia el hotel.

Al menos descansaría.

Se acercó a la esquina con precaución.

Miró a un lado y a otro, no fuera que cayese en brazos del alcalde.

Pero no le vio.

Estaba salvado.

Fue a salir de la esquina para atravesar la calle y en ese momento alguien le golpeó con un dedo en la espalda.

Tic, Tic…

Ted se volvió con cara de tiburón al que acaban de llevársele la merienda.

El alcalde dijo:

—¿Me buscaba, señor Evans?

—Pues… ¡pues claro! ¡Quién podía imaginar que estaba usted a mi espalda, hombre!

¡Qué alegría me da verle!

—Mi secretario y yo hemos venido a advertirle, señor Evans.

—Muy amables, ¿pero por qué se han molestado?

—Queremos que sepa que Dongil le busca.

—Y que es el más traidor del grupo, y por lo tanto el más peligroso.

—Muy amables, señores, muy amables. Lo tendré en cuenta.

—¿Adónde va ahora?

Ted Evans echó casi a correr.

—Al hoteeeeeeel…

Y se encerró como una bala en su habitación.

Fue a encender la lámpara.

Pero en ese momento ocurrió algo a su espalda.

Algo muy sencillo.

Que el cañón de un revólver se apoyó en su nuca…

CAPÍTULO II
UNA SORPRESA PARA TED

Lo primero que el joven pensó —si es que llegó a pensar algo— fue: «Ya me han pescado».

Desde que se metió en aquella maldita vida, sabía que tarde o temprano una cosa así iba a suceder. Una noche le esperarían en su habitación del hotel, le pillarían confiado, le apoyarían un cañón en la nuca y «Pum».

Ted Evans cerró un momento los ojos.

Sabía que no podía defenderse.

—Bueno, ¿a qué esperas, Dongil? —masculló—. ¿Por qué no disparas de una maldita vez?

La presión del cañón en su nuca se hizo más intensa.

Una voz murmuró:

—Mejor que enciendas la luz. No me gusta matar a oscuras.

Ted Evans tenía en las manos la lámpara.

Pensó que eso quizá le daba una última, una desesperada posibilidad.

Pero no.

El otro dispararía cuando él no hubiera hecho más que iniciar el gesto de volverse.

De modo que rascó un fósforo y encendió la luz.

Una claridad rosada se extendió por la habitación, que era una de las mejores de Abilene.

La voz metálica dijo:

—Vuélvete.

Ted Evans se apartó un poco de la presión obsesionante del cañón del «Colt».

Fue hasta la pared del fondo.

Se volvió.

Y entonces una mueca de asombro, casi de estupor, apareció en

sus facciones, que habían palidecido.
—Pero… —balbució.
El otro lanzó una carcajada.
—¿Tanto te sorprende ver aquí a tu hermanito?
Ted no salía de su pasmo.
Barbotó:
—¡Johnny…!
Johnny lanzó sobre la cama el revólver con el que le había amenazado, y que era uno de los del propio Ted. Él no llevaba armas. Ni tenía tampoco funda donde guardarlas.
Los dos hombres se miraron.
Eran muy parecidos. Tanto que al primer golpe de vista hubiesen podido parecer gemelos, aunque no lo eran. Esa impresión se acentuaba por el hecho de ser casi de la misma edad, ya que habían nacido con un año de diferencia. Pero iban vestidos de muy distinto modo. Mientras Ted llevaba las ropas propias de un pistolero elegante, Johnny vestía con mucha severidad: levita, pantalón y una camisa cerrada hasta el cuello.
Había en él algo indefinible. Pese a su juventud, pese a su fortaleza, pese a sus rasgos que hacían suspirar a las mujeres, tenía cierto aspecto de predicador. Y en verdad lo era.
Ted repitió con asombro:
—¡Johnny…!
—Ya has visto que te confías demasiado, muchacho. He querido darte una lección.
Cualquier noche de éstas te mondan.
—Esto no ha sido una lección. ¡Cuerno, esto ha sido un atraco!
—Debes andar más prevenido. O, mejor, dejar esta vida.
Ted rió y sacó del armario una botella de *whisky* de la mejor marca. Sirvió un vaso a su hermano.
Johnny lo rehusó.
—Gracias, ya sabes que no bebo.
—Tú sigues igual, ¿eh, muchacho?
—Igual.
—Predicando por las ciudades la palabra del Señor.
—Como hacia nuestro padre.
—Y te gustaría que dejase esta vida. Te avergüenzas de tener un hermano pistolero.

—Por favor, Ted, nunca me he avergonzado de ti. En caso contrario no hubiese venido a verte.

—Pero te gustaría que trabajase en otra cosa.

—Matar hombres no es trabajar.

—Tampoco lo es predicar por las ciudades.

—Yo no pido dinero. Yo trabajo en los ranchos cuando voy de camino —murmuró Johnny—. Y cuando he reunido lo suficiente, me presento en la ciudad y predico. Y luego me marcho y vuelvo a empezar.

Ted rió.

—Pues, ¿de qué te quejas? Yo hago algo parecido. Yo me presento en la ciudad y mato.

Después de cobrar, me lo gasto todo alegremente. Y cuando estoy sin blanca, me marcho y vuelvo a empezar.

Las palabras de Ted Evans terminaron con una carcajada.

Pero a Johnny no le hicieron ninguna gracia.

Con voz suave y que quería ser convincente, dijo:

—Ted, por la memoria de nuestro padre, deberías cambiar de vida. Es triste que tu dinero lo obtengas eliminando a tus semejantes.

—¡Pero qué semejantes! ¡Si los conocieras…!

—Además, cualquier día te matarán a ti. Ya has visto lo que podía haber ocurrido esta noche.

—Je, je… No volverá a suceder. Es la primera vez y la última que me distraigo. Nadie más volverá a pillarme con las manos en una lámpara, te lo aseguro.

—Podrían pillarte de un modo mucho peor.

—¿Cómo?

—Con las manos en una chica.

Ted volvió a reír.

—A ti te fastidia que vaya con mujeres, ¿verdad, hermanito?

—Eso no es propio de un hombre de bien.

—¿Pero cuándo dejarás de ser un predicador y te darás cuenta de que vives en el Oeste?

—Precisamente porque vivo en el Oeste me doy cuenta de que hace falta predicar la palabra del Señor. Ésta es la tierra del diablo.

—Mira, muchacho, tú podrías hacerte millonario.

—¿Yo?

Ted le apuntó con el dedo.

—¿Acaso lo has olvidado?

—¿Olvidarme de qué?

—Tú me enseñaste a disparar.

Johnny volvió la cabeza, como si se sintiera avergonzado.

—De eso hace mucho tiempo —musitó.

—No tanto. Hace cinco años.

—Éramos unos chiquillos.

—Pero tú ya estabas enamorado —dijo Ted.

—Preferiría que no habláramos de eso, ¿quieres? Es otra época. El hombre que entonces era yo, ha muerto. Ya no existe.

—¿Y por qué no hemos de hablar? ¿Qué crees que es un hombre? ¿Piensas que podemos cerrar una puerta al pasado y decir tranquilamente? ¿«El pasado no existe»?

Tú, eras un joven como los demás… con la diferencia de que les superabas. Tú tenías mejores puños cuando hacía falta, y ganabas todos los concursos de tiro. Tanto que tuviste que enseñarme a mí, al famoso Ted Evans. Pero todo cambió cuando murió aquella chica, ¿verdad? Todo cambió al morir Judith…

Johnny desvió la cabeza levemente.

Su voz fue ronca al decir:

—No hablemos de eso, ¿quieres?

—¿Y por qué no? Tú estabas enamorado. Tú hubieras acabado casándote y siendo un respetado ranchero como tantos otros. Pero un cochino hijo de perra asesinó a Judith y entonces cambió todo, ¿verdad? ¿No es cierto que todo se fue al diablo?

—¡Te repito que no hablemos de eso! ¡Además nada se fue al diablo! ¡Todo lo contrario!

¡Fue entonces cuando me di cuenta de que existía el Señor!

—Sí… Fue entonces cuando cambiaste. Cuando pensaste que nuestro padre no había sido predicador por casualidad, y te dispusiste a seguir su mismo camino. Pero al hombre que había asesinado a Judith tuve que matarle yo, ¿recuerdas? Fue «mi primer hombre».

¿Por qué no lo hiciste tú? ¿Por qué no lo liquidaste tú mismo, que habías sido mi maestro?

—Porque entonces me di cuenta de lo que era verdadero y lo que era falso, Ted.

Porque fue como si escuchara la voz de nuestro padre.

—Y desde entonces ninguna chica…

—Ninguna chica.

Ted Evans lanzó otra sonora carcajada, mientras empinaba el codo alzando la botella sobre su boca.

—Muchacho, muchacho… —dijo cuando hubo bebido una cantidad de licor capaz de marear a una tribu de sioux—. Las mujeres son lo único bueno de este mundo. ¡Si supieras las que he conocido yo desde que nos separamos! Puestas una detrás de otra, llegarían desde aquí hasta el Himalaya.

—¡Querrás decir otra cosa! ¡Puestas una detrás de otra, llegarían desde aquí hasta la cárcel, el manicomio o el hospital!

—Hermanito, hermanito… ¡Qué feo me lo pones!

—¡O tal vez llegarían desde aquí hasta la tumba y después el infierno!

—Oye, hermano, que ahora no estás predicando…

—Cierto. Es inútil. A ti nunca te convenceré.

Ted Evans le dio una palmada en la espalda.

—¿Por qué no nos vamos a cenar juntos y celebramos nuestro encuentro? Luego un buen espectáculo con bailarinas de Can-Can y…

—¡De mujeres nada!

—Bueno, hombre, bueno… Si se enteran de que estás aquí, todas van a emigrar de la ciudad.

—Lo único que haremos será cenar juntos, aunque ya es algo tarde.

—En esta ciudad nunca se hace tarde. La vida nocturna es intensísima. Y voy a decirte una cosa, Johnny. Esto es la pura verdad: eres insoportable, pero eres la persona en el mundo a la que más quiero.

Los ojos de Johnny se humedecieron un momento.

Sólo un momento.

¿Era un sentimental?

Nadie hubiera sabido decirlo, puesto que los más íntimos sentimientos de Johnny Evans sólo él los conocía.

Pero susurró:

—Tú también eres la persona del mundo a la que más quiero,

Ted.

—¡Pues vámonos a cenar, hombre! ¡Y de bailarinas nada!

—Eso: de bailarinas nada.

—Conozco unos cuantos sitios de Abilene donde hay para chuparse los dedos. Lo único que me fastidiaría sería encontrarme al alcalde y a su secretario.

—¿Por qué?

—Cosas mías.

—Vamos a hacer una cosa, Ted. Yo me hospedo en el hotel Olympic, que está cerca de aquí. Cuando vine a Abilene no sabía que estabas en la ciudad, pero ahora me trasladaré a vivir contigo. Voy al hotel, pago la cuenta y vuelvo a buscarte.

—¡No faltaba más, hombre! Ya iré a buscarte yo.

—No te molestes…

—Ni hablar, hermanito. No es molestia. Además te ayudaré a transportar el equipaje.

—Está bien, de acuerdo. Puedes venir dentro de diez minutos.

—Entonces hasta luego, Johnny.

Los dos hombres se dieron un fuerte abrazo.

Se notaba el efecto que los unía, a pesar de las enormes diferencias de carácter. Era algo más que el simple lazo de la sangre. Era una amistad profunda, sincera. Era un lazo que les ligaba por encima de todas las dificultades, por encima de todas las distancias.

Johnny Evans salió.

Ted se pasó una mano por la frente.

Estaba contento.

Pero aparte de eso… ¡menudo apuro!

Había querido disponer de unos minutos porque la llegada de su hermano le ocasionaría un buen conflicto.

«Tendré que avisar a una serie de chicas para que, mientras Johnny esté aquí, ni siquiera me miren —pensó—. Si él se entera de la vida que llevo, es capaz de estarme predicando hasta que me muera. Vamos a ver: ¿a cuántas tengo que avisar? A Dori, a Nati, a Silvia, a Mary, a Lorena, a Marta…».

Se rascó una oreja.

Siempre tenía miedo de olvidarse de alguna.

Ah, sí… A Lupita.

Lupita, además, era la sobrina del alcalde.

¡Cuerno! ¡Y a Esther!

Esther era la hermana del secretario del alcalde.

Las apuntó en un papel para no olvidarse de ninguna.

Descendió a la planta baja.

Allí estaba Bill.

Bill era el botones del hotel.

Buen chico.

Y además la sabía larga.

Lo que se dice un hombrecito de confianza.

Ted le largó cinco dólares.

Bill pegó un brinco.

—¿Qué mosca le ha picado, señor Evans?

—Más bien me ha picado un moscardón, amigo. Un moscardón al que quiero mucho, pero que me ha aguado la fiesta. ¡Con lo bien que empezaba a pasarlo en Abilene! ¿Ves esta lista?

—Sí, señor Evans.

Y los ojos del botones brillaron mientras exclamaba:

—¡Menudas tías…!

—Tú a callar.

—Sí, señor Evans.

—Tienes que ir a avisar a todas estas mujeres. Pero con cuidadito, ¿eh? No deben enterarse más que ellas. Les dices que ha llegado a la ciudad mi hermano Johnny, que es predicador, y que de mujeres nada. Mientras esté aquí no deben ni mirarme. ¿Has entendido bien? Como si no me conocieran. No quiero que mi hermano se dé cuenta de quién soy y me doble a sermones.

—De acuerdo, señor Evans. Lo haré. ¡Lástima que yo sea tan joven! ¡Lástima no poder sustituirle mientras usted está de vacaciones!

—A ver si te doy una patada, desgraciado. ¡Ni que fuera tan fácil!

—Tiene usted que enseñarme el truco, señor Evans.

—No hay truco que valga, pero haremos un trato.

Los ojos del chico brillaron.

—¿Qué trato, señor Evans?

—Yo te explico cómo conquistar a alguna de esas señoras y tú escuchas los sermones de mi hermano. Así él se cansará y no me los

soltará a mí.

—No me interesa el trato, señor Evans.

—Bueno, pues vete a hacer el recado y luego hablaremos. De momento me largo al hotel Olympic.

Y Ted Evans salió.

Aproximadamente diez minutos después estaba en el Olympic. Preguntó por la habitación del señor Johnny Evans.

—Aquí, en la planta baja. Al final del pasillo, señor. Habitación número cuatro.

—Gracias.

Ted fue al lugar indicado.

Entró sin llamar.

Parpadeó.

La habitación oscura.

El viento que entraba por la ventana de guillotina entreabierta.

Las confusas siluetas de los muebles.

Y la confusa silueta de la lámpara.

Ted fue a encenderla.

Y en aquel momento oyó el leve rumor a su espalda.

No pudo volverse.

El cañón del revólver se apoyó en su nuca.

Ted suspiró con cansancio:

—Pero ¿otra vez, muchacho…?

Silencio.

—Una broma está bien una vez, Johnny, pero a la segunda ya cansa. ¿Qué quieres demostrar? ¿Qué me has pillado desprevenido otra vez?

Y lanzó una carcajada.

Pero de pronto aquella carcajada se cortó.

¿Por qué el revólver seguía clavado con tanta fuerza en su nuca?

¿Por qué su hermano no decía nada?

Ted musitó, asombrado:

—Johnny…

La detonación le ensordeció. La bala le voló la cabeza.

Dongil había apretado el gatillo.

CAPÍTULO III
MUCHOS DESCANSARAN EN PAZ

—… Y el Señor dijo: «Sois tierra y volveréis a la tierra». Y el Señor dijo también: «Pero nada de lo que hagáis en vuestro paso por la vida será olvidado». Y el Señor nos habló de que serían castigadas nuestras culpas, pero también nuestras virtudes serían recompensadas con largueza. Y la esperanza nos dice que siempre habrá para nosotros, los pobres mortales, un rayo de luz, aun en el fondo de las tinieblas…

Johnny Evans cerró el libro de tapas negras en el que había leído poco antes la oración de los difuntos.

Sus ojos se clavaron en la tapa del ataúd.

Eran unos ojos quietos, hipnóticos.

Parecían atravesar la tapa de madera.

Parecían llegar hasta el cadáver que yacía debajo, un cadáver al que habían tenido que enterrar con sombrero porque le faltaba parte de la cabeza.

Una especie de vacío dominaba en el pecho de Johnny Evans.

Un vacío que le estaba ahogando.

El libro casi resbaló de entre sus dedos.

El *sheriff*, un hombre que nunca había sido valiente, le susurró sin embargo:

—Valor…

Johnny Evans tragó saliva.

Le costaba mantenerse en pie.

Pero oprimió un puñado de tierra y luego lo dejó caer poco a poco sobre la tapa del ataúd.

El «craaaaac, craaaaaac» que producía la tierra al caer le helaba el alma.

Musitó:

—Pueden cubrir la fosa.

Los sepultureros empezaron a trabajar. La tierra cayó hasta cubrir el ataúd por entero, y los hombres que estaban al borde de la fosa se pusieron los sombreros lentamente.

El *sheriff* musitó:

—Ya ve, amigo. Puede servirle de consuelo el que ha venido al entierro lo mejor de la ciudad. El alcalde, el secretario del alcalde…

—Sí, ya veo que no han dejado a mi hermano ni después de muerto.

—Han venido también muchas señoras.

—Hijas del pecado.

—¿Pero qué dice? ¡Si son lo más distinguido de la ciudad!

—Yo me entiendo.

—Bueno, usted se entiende, pero los demás, no. Y es una lástima que sea usted un predicador, señor Johnny Evans.

—¿Por qué?

—Porque no podrá vengar a su hermano Ted. Aunque algunos predicadores tampoco desdeñan el gatillo.

—¿Sabe usted quién lo mató?

—Sí. Un buitre llamado Dongil.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Dongil le buscaba para acabar con él. A su hermano Ted le contrataron para limpiar a la ciudad de cinco desalmados porque yo… ¡ejem…!, porque yo no me sentía con fuerzas para eso. Mató a cuatro, pero Dongil, el jefe, quedó vivo. Todos sabíamos que quería vengarse. Sabíamos que era un traidor. Debió saber que Ted iría al hotel Olympic, porque tal vez oyó alguna conversación entre ustedes. ¿Ustedes hablaron quizá de eso?

—Sí.

—Bueno, pues debió oírlo y le esperó allí, en la oscuridad de la habitación.

Encontramos la ventana abierta. Pudo entrar muy fácilmente, al tratarse de una planta baja.

—Comprendo.

—¿Por qué se retrasó usted? ¿Por qué sólo llegó a la habitación cuando su hermano estaba ya muerto?

—Vi un borracho y me entretuve aconsejándole para que no bebiera más.

—Pues más le hubiera valido zamparse un barril entero,

porque…
—No me lo diga.
—Le advierto que Dongil aún debe estar en la ciudad.
Johnny entrecerró los ojos.
Pero no hizo ningún comentario.
Una especie de nube gris, inmensamente dolorosa, pasaba por detrás de sus pupilas.
El *sheriff* preguntó:
—¿Va usted a irse de la ciudad?
—No lo sé.
—Es difícil darle consejos en una situación así, amigo. Haga usted lo que le parezca.
Y se alejó.
Johnny Evans miró en torno suyo.
Insensiblemente la gente le había ido dejando solo.
Estaba allí, quieto junto a una tumba en la que aún no estaba instalada ni siquiera la lápida.
Negros nubarrones pasaban sobre el cielo.
Amenazaban tormenta.
Johnny Evans salió poco a poco del cementerio.
Ya no se hospedaba en el hotel Olympic, porque no hubiera podido soportar vivir en la misma habitación en que mataron a su hermano Ted. Ahora se hospedaba en el lado opuesto de la ciudad. Desde su ventana veía los campos y no las calles de Abilene, aquellas calles malditas donde corría la sangre.
Fue al bar de aquel hotel.
Hacía años que no entraba en un bar.
Pero ahora necesitaba un trago.
Lo necesitaba con todas las fuerzas de su vida.
El del bar se acercó.
—¿Qué quiere, amigo?
—Necesito algo fuerte.
—Tenemos el mejor *whisky* de la ciudad.
—Pues tráigame un va…
Pero en el momento de decirlo, Johnny Evans se arrepintió.
¿Qué diría la gente si le viese empinando el codo? ¿Y qué diría su padre, que desde el otro mundo todo lo veía?
Rectificó:

—Tráigame un té con limón.

—¿Qué dice?

—Un té con limón.

El del bar se rascó una oreja.

—Amigo, no sé si tenemos de eso. Pida usted algo normal: pídame un *whisky* con tabaco picado. O un ron mezclado con pólvora. Algo decente de lo que pide todo el mundo, cuerno.

—Bueno, pues si no tiene té con limón, tráigame un vaso de leche tibia.

—Está bien, está bien… Como usted quiera…

Y el camarero se alejó refunfuñando:

—¡Hay cada tío…!

Johnny Evans bebió en silencio.

La misma nube gris y dolorosa seguía pasando por detrás de sus pupilas.

Al fin alguien hizo:

—¡Ejem!

Era enfrente suyo.

Johnny alzó la cabeza. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía a un hombre delante.

Era un tipo curioso.

Muy elegante, pero con exageración, mostrando el aspecto que tendría un tahúr o un empresario de variedades o de circo.

El desconocido repitió:

—Ejem…

Johnny hizo también.

—Ejem.

—¿Molesto, amigo?

—No, no molesta. Siéntese. Nunca me niego a recibir a una persona que quiera oír la palabra del Señor.

—Es que… Bueno, yo no tengo nada contra el Señor, claro.

—¡Pobre de usted!

—Pero tampoco es que haya venido precisamente a oír su palabra.

—En ese caso se ha equivocado. Yo soy un predicador, y además en estos momentos tengo problemas muy serios.

—No sé si me he equivocado.

—Seguro que sí.

El desconocido se había sentado.

—Permita que me presente. Me llamo Miller.

—Mucho gusto, señor Miller. ¿Pero por qué dice que no sabe si se ha equivocado?

¿Qué está pensando?

—Usted era hermano de Ted.

—Exacto.

—Se dice por ahí que usted le enseñó a disparar.

—Ésos eran otros tiempos.

—Serían otros tiempos. ¡Pero, amigo! ¡Cómo disparaba Ted! ¡Qué tío!

—Le ruego que respete su memoria.

—¿Respetarla? ¡Pero si precisamente lo que hago es poner al difunto por las nubes!

—Eso lo dirá usted. Yo pienso todo lo contrario.

—En fin… Perdone, pero lo que me he dicho es esto: «Si el discípulo era de esa clase… ¡Cómo sería el maestro!».

—El maestro se retiró.

—Oiga, amigo, hablemos en serio.

—Ya lo hacemos.

—Pues hablemos más en serio aún —barbotó Miller—. Es lo que yo digo: nadie escapa sobre un fajo de billetes de cinco mil dólares.

—¿Cinco mil?

—Eso es lo que le ofrezco. Cinco mil machacantes como cinco mil soles. Y en billetes nuevos.

Johnny carraspeó.

—Nadie ofrece tanto dinero por nada. Supongo que será por cometer algún pecado enorme.

—Nada de eso. Al contrario.

—¿Al contrario?

—Se trata de proteger a unas pobres personas.

—¿Protegerlas con la palabra del Señor?

—Bueno, pues… no exactamente eso.

—¿Pues con qué?

—Hombre, pues verá… Más bien quiero decir protegerlas con el revólver de un hijo del Señor. Como por ejemplo usted.

—¡Oiga, usted se ha equivocado!

—No es lo que piensa.

—¡Usted me propone matar!

—Seguramente no tendrá que matar a nadie.

Johnny se pellizcó la mandíbula.

—Hombre, eso sería distinto.

—Sólo con que se sepa que un pistolero protege a esas personas, nadie se acercará a molestarlas.

—¿Qué clase de gente son?

—Pobre gente indefensa.

—¿Y quién les amenaza?

—Una banda.

Johnny reflexionó.

La verdad era que no quería él los cinco mil dólares. Con mil le bastaba y sobraba para vivir mucho tiempo y poder predicar sin más complicaciones.

Pero con los cuatro mil restantes podría hacer muchas obras de caridad. Había gente que lo necesitaba de verdad. Y hasta podría fundar una gran escuela.

Claro que…

—Mire, amigo… —dijo—. Si hay que matar yo no lo hago. Como máximo, atizar algún mamporro.

—Puede que baste con eso.

—Pero mejor sería que buscase a otro hombre. Deben abundar los pistoleros en la ciudad.

—Ninguno que lleve el fantástico apellido «Evans».

—¿Quiere decir que eso solo ya asusta?

—No lo sabe usted bien.

—¿Y que si corre la voz de que yo protejo a esas pobres personas nadie vendrá a molestarlas?

Miller cabeceó.

—En eso confío, puede creerme. No tengo interés en que muera ningún miembro de esa banda. Allá ellos. Pero tampoco quiero que maten a ninguna de las personas de que le hablo.

—Es muy natural.

—Por eso se lo pido, señor Evans. Acepte usted. Puede que haga una gran obra.

—Confío en eso.

—Hay otra razón.

—¿Otra razón? —preguntó Johnny.

—Me han dicho que un tipo llamado Dongil asesinó cobardemente a su hermano Ted.

Los ojos de Johnny se cerraron un momento.

Solamente pudo decir con voz metálica:

—Sí.

—Debe estar usted muy apesadumbrado.

—Lo estoy. Crea que lo estoy de verdad. Hasta ahora siempre me consolaba de la muerte pensando en la vida eterna, pero esta vez no puedo. Le juro que no puedo…

—Si se pasa la vida pensando en esa desgracia acabará por volverse loco, amigo —susurró Miller—. En cambio el tener un trabajo concreto, por ejemplo, el proteger a esas pobres personas, le ayudará a olvidar.

—No había pensado en eso —murmuró Johnny—, pero lo que usted dice es muy cierto.

—¿Entonces, acepta…?

—La verdad, no me imagino haciendo el trabajo de un vulgar pistolero. Yo soy un predicador, como mi padre. Pero, por otra parte, tiene razón en lo que usted dice.

Probaré.

—Lo celebro, amigo. Aquí van mil machacantes por anticipado.

Johnny rechazó inmediatamente el dinero que el otro le ofrecía.

—Guárdelo —dijo—. Puede ser el dinero del diablo.

—¿Pero en qué quedamos?

—Primero he de ver de qué se trata. Si no me gusta no me quedaré. Por eso no sería un hombre honrado si aceptase dinero a cuenta.

—Está bien, amigo. Pero venga cuanto antes al sitio dónde están aquellas pobres personas.

—¿Qué sitio es ése?

—El rancho de Berkeley.

—No sé dónde está. No conozco la comarca.

—Si sale usted de la ciudad por el norte, encontrará varias indicaciones correspondientes a otros tantos ranchos. Una de ellas es la de rancho Berkeley. Se trata de uno de los más importantes y ricos de la comarca.

—De acuerdo, señor Miller.

—¿Cuándo vendrá?

—Esta misma tarde.

—Le estaremos esperando con impaciencia. Le ruego que no tarde porque puede haber peligro.

—Si hay peligro —dijo Johnny lúgubremente—, mucha gente descansará en paz. ¡Ay de esos pobres bandidos si se atreven a atacar a una pobre gente honrada…!

Los ojos de Miller se iluminaron.

—¿Qué pasará? ¿Los matará a todos, señor Evans?

—No. Los reuniré en una habitación y les soltaré un sermón para convencerlos.

Miller torció el gesto.

—Es… está bien, señor Evans. Ahora ya hemos hecho el trato. Déjese caer por allí y decida.

Y en voz baja añadió para sí mismo:

—Me parece que he metido la pata. ¡Menos mal que no le he dado dinero a cuenta…!

CAPÍTULO IV
LA POBRE GENTE HONRADA

Johnny Evans montó en el magnífico caballo que le había traído hasta allí, hasta Abilene, y picó espuelas con suavidad, saliendo de los límites de la población.

Vestía como siempre, con mucha severidad, pero ahora se había puesto un lazo y un brazalete negros.

Tal como le había dicho Miller, encontró las indicaciones a la salida de Abilene. Una de ellas, quizá la mayor de todas, indicaba en letras rojas:

«BERKELEY RANCH»

El joven tomó aquella dirección.

No llevaba revólver.

Era una curiosa forma la suya la de querer proteger a un grupo de gente. ¡Protegerla sin armas!…

Pero aún no estaba decidido a aceptar.

Antes quería saber de qué se trataba.

Cabalgó durante media hora larga y entonces se encontró con una gran portalada. En ella había colgadas varias herraduras y se leía en letras enormes:

«BERKELEY RANCH»

No cabía duda de que era muy rico.

La luz del sol, que todavía estaba muy alto, iluminaba unas tierras magnificas, en las cuales pastaban vacas de la mejor calidad. Aquellas tierras se extendían hasta perderse de vista, alternando los pastizales para ganado con enormes trigales que ya empezaban a amarillear, prometiendo una soberbia cosecha.

Las tierras parecían de secano, pero un sistema de canalillos de riego hacía que al menos en los pastizales no faltase el agua.

No se veía a nadie.

Johnny Evans avanzó cosa de una milla y distinguió entonces a un hombre joven, de aspecto agradable y casi infantil, que no aparentaba tener más allá de los veinte años.

Estaba tratando de vendar el tobillo de su corcel, un animal magnifico que se había lesionado. Pero al parecer no sabía hacerlo demasiado bien, porque el animal se impacientaba y a ratos relinchaba dolorosamente.

Johnny se acercó.

Y se quitó el sombrero, saludando respetuosamente.

—Buenas tardes.

El otro le miró con curiosidad.

Llevaba unas ropas vaqueras de gran calidad, pero que no le acababan de caer bien porque eran demasiado anchas. Se notaba en muchos detalles que era un hombre rico.

—Buenas tardes —contestó—. ¿Quién es usted?

Johnny sonrió.

—Me llamo Johnny Evans. ¿Y usted?

—Yo soy Jim Berkeley, el hijo del dueño de este rancho.

—Encantado de conocerle, Jim. Vengo aquí porque me ha contratado un tal señor Miller.

—¿Le ha contratado para qué?

—Tengo que defender a unas personas que, por lo visto, se encuentran en el rancho de usted. Mejor dicho, en el rancho de su señor padre.

—Hum… Sí, es verdad. Pero oiga, ¿va a defenderlas sin armas?

—De momento quizá no las necesite. Yo soy un predicador.

—Amigo, los predicadores no se alquilan como pistoleros.

—Lo sé, pero al menos no puedo negarme a ver de qué se trata.

—Eso es cierto.

Johnny Evans sonrió otra vez.

—Oiga, Jim, ¿qué le pasa a su caballo?

—Se ha lesionado. Trato de vendarle, pero…

—… Pero no debe tener usted demasiada práctica.

—¿Y usted sí?

—Yo he trabajado en muchos ranchos, porque me gano la vida

como vaquero. Nunca he pedido un céntimo por predicar. Eso es aparte.

—Ah, ya…

—¿Puedo ayudarle, señor Berkeley?

—No me llame «señor Berkeley». Esos tratamientos solemnes sólo se los dan a mi padre.

—Está bien, Jim. ¿Puedo ayudarle?

—Me hará un favor. Confieso que esos trabajos siempre los hacen mis vaqueros. Yo no entiendo demasiado.

Johnny descabalgó, tomó los vendajes e hizo un trabajo perfecto en pocos minutos.

El caballo supo desde el primer momento en qué manos estaba y por eso dejó de relinchar. No se movió ni una pulgada, para hacer más fácil a Johnny la tarea.

Johnny se palmeó las manos al fin.

—Ya está. Puede montarlo sin peligro, pero habrá que ir al paso. Luego convendrá que este caballo descanse una semana.

—Haré lo que usted dice. Es uno de los animales que más quiero.

Montó ágilmente y los dos avanzaron hacia el cuerpo de edificios del rancho. El que se había presentado como Jim era un joven de fácil conversación y de trato agradable, pero se observaba en muchos detalles que era un malcriado. Había visto demasiado dinero desde que nació. Era el niño mimado de su padre. Johnny, acostumbrado a valorar el primer golpe de vista el calibre moral de las personas, se dio cuenta enseguida de todos esos detalles.

De todos modos le resultaba simpático.

Celebraba haberlo encontrado.

Y pensaba que si un hijo sale malcriado es en gran parte culpa exclusiva de los padres.

Llegaron a la vista del cuerpo de edificios del rancho.

Eran magníficos.

Se notaba que allí había dinero en abundancia.

Johnny susurró:

—¿Está el señor Miller?

—No. Ahora no creo que esté.

—¿Y dónde encontraré a las pobres personas a las que debo proteger?

Jim le miró con curiosidad.

—¿No sabe quiénes son?

—No.

—Está bien, entonces más vale que las conozca. Las encontrará en aquel pabellón. Allí, dónde están las luces encendidas.

—Gracias, Jim.

—Si decide quedarse venga a verme. Mi padre tendrá mucho gusto en que cene con nosotros.

—Otra vez gracias.

—No hay de qué. Es un placer.

Y los dos se despidieron con una señal de sus brazos.

Johnny Evans fue hacia el pabellón que le habían indicado.

Era bastante grande, y a través de sus ventanas cubiertas con cortinas se filtraba la luz.

Golpeó con los nudillos en la puerta.

Nadie le respondió.

El joven volvió a llamar.

Nada tampoco.

Empujó la puerta.

Unas enaguas recién planchadas saltaron hacia su cara.

Se las quitó cómo pudo.

Y entonces vio volar algo ante sus ojos.

Unas medias.

Fue a dar un paso.

Y tropezó con otra cosa.

Unos zapatos de mujer.

Instintivamente Johnny Evans había cerrado los ojos.

Oyó unas voces agudas que sonaban dentro del pabellón.

—Eh, Mary, pásame los polvos…

—¡Isabel!, ¿me prestas tu falda?

—¡Eh, chicas! ¡Mirad todas las medias que acabo de estrenar! ¿Qué os parecen?

Johnny abrió los ojos.

La cabeza le daba vueltas.

Y lo que vio delante suyo no contribuyó precisamente a dejarle bien la cabeza sobre los hombros. La que había hablado de sus medias nuevas estaba enseñándolas en el centro de la habitación. Tenía unas piernas… ¡ejem…! ¡Tenía unas piernas de campeonato!

¡Y con aquellas medias! ¡Y en aquella postura!

Johnny se mareó.

Y volvió la cabeza.

No estaba bien que él viese aquello.

Oyó un gritito de repente.

—¡Oh, chicas! ¡Mirad! ¡Un hombre…!

—¡Y qué hombre!

—¡Éste sí que vale la pena!

—¡No es como los babosos que vienen a vernos a primera fila del teatro!

—¡Entre, joven, entre!

—No se quede en la puerta.

—¡Por una vez que vemos un tío que vale la pena!

Johnny carraspeó.

—Perdonen, señoritas, creo que me he confundido. Pero no piensen que he hecho esto a propósito. Al contrario, lo lamento muchísimo y me siento avergonzado. Me marcho enseguida.

La más cercana —la de las piernas con medias nuevas— preguntó:

—¿Por qué dice que se ha confundido?

—No las buscaba a ustedes.

—¿A quién buscaba?

—A alguien que tiene interés en proteger el señor Miller.

Se oyó un carraspeó general.

Y alguien dijo:

—Oiga, el señor Miller es nuestro jefe.

—Nuestro empresario.

—Nosotras somos las chicas que mejor bailan el

Can-Can

en todo este territorio.

—Y él quería protegemos.

—Corremos peligro.

—Nos dijo que llegaría un pistolero encargado de que no nos ocurriera nada.

Johnny Evans sentía vértigo.

Sus facciones estaban lívidas.

Barbotó:

—De modo que ustedes son «las pobres gentes»…

Una chica dijo:
—Pobres lo somos bastante.
—No cobramos gran cosa.
—Menos mal que de vez en cuando cae algún amiguito que suelta la pasta.
—Pero no se quede en la puerta, hombre… Entre, entre…
Inútil es decir que Johnny no entró.
Se sentía más nervioso que si le amenazaran con una docena de revólveres.
Otra de las muchachas, la que no encontraba sostenes a su medida, le apuntó con el dedo.
—¡Chicas, ése tiene que ser el pistolero de que nos habló el señor Miller!
—¡Claro! ¡No hay duda!
—¡Pero si no lleva ni revólver!
—¡Y tiene aspecto de predicador!
Johnny apretó los puños.
—¡Se han burlado de mí! —gritó.
—Oiga, aquí nadie se burla de nadie.
—Es el señor Miller el que le ha contratado. Si no le ha dado las suficientes explicaciones, nosotras no tenemos la culpa.
—Tienen ustedes razón —murmuró Johnny—, pero honradamente no puedo permanecer ni un minuto más aquí. ¡Buenas tardes!
Y cerró de un portazo.
Jamás se había sentido tan confuso.
Tan avergonzado.
Fue a buscar su caballo, porque quería largarse cuanto antes de aquella tierra del diablo.
Pero fue entonces cuando oyó los disparos.
Aquellos disparos, parecidos a una traca lejana, insistente, que se desgranaba en la lejanía…
Y entonces le llegó también la voz de Jim Berkeley.
—¿Ha oído, señor Evans…?

CAPÍTULO V
LOS COMERCIANTES DEL DIABLO

Jim Berkeley estaba allí.

Se había cambiado de ropas e iba mucho más elegante que antes, con lo que aquella sensación de niño mimado que había dado desde el principio, se acentuaba. Pero sonreía de una manera agradable, y Johnny pensó que —desde luego— no era un joven desagradable.

—Sí que he oído —dijo—. ¿Qué es eso?

—La banda de Truman. Habrán tenido algún encuentro con un comisionado del *sheriff*.

—¿Qué es la banda de Truman?

—Los más infectos tratantes de blancas que hay en este país.

—¿Tratantes de blancas? No entiendo.

—Sí, hombre, sí… Usted ha visto chicas en los *saloons*. Muchas chicas. Y las habrá visto también en otros sitios peores.

—Pues… pues bueno… No es que yo entre demasiado en los *saloons*, y en esos «sitios peores» que usted dice no entro nunca. Pero un predicador tiene que estar enterado de todas las cosas del mundo. Por supuesto, sé a lo que usted se refiere.

Jim le seguía sonriendo, mientras jugueteaba con una cadena de oro.

Aún tenía facciones infantiles. No le había salido ni la barba. Todo aquello acentuaba aún más la sensación de niño mimado, de niño blando que, sin embargo, resultaba simpático.

Dijo:

—Pues no crea que todas las chicas están allí por su voluntad, señor Evans.

—¿No?

—Unas lo están, pero otras han sido obligadas. Y hay granujas

que las explotan, que se llevan todo el dinero que ellas obtienen.

—Naturalmente, ya he oído hablar de eso.

—Pero los de la banda de Truman lo «trabajan» de una manera que podríamos llamar científica. Raptan chicas mexicanas y las traen aquí. Raptan chicas de aquí y las llevan a México. Sin familia, sin amigos y sin nadie, poco es lo que pueden hacer esas muchachas para defenderse.

—Entiendo.

—El señor Miller, ¿no le habló de eso?

—No acabó de concretar.

—Bueno, pues entonces se lo diré yo. Si esas chicas se alojan de momento aquí, señor Evans, es porque Miller ha creído que corren menos peligro que en un hotel de la ciudad, al menos mientras se mueva por las cercanías la banda de Truman.

—Sí, ya me hago cargo.

—Mi padre y Miller son viejos amigos, aunque la vida les llevara luego por caminos muy distintos. Por eso no ha podido negarse a ese pequeño favor de alojar a las chicas.

—Entiendo.

—Pero como en el rancho no hay pistoleros de categoría, Miller ha pensado en contratarle a usted. Aquí hará poca falta, pero cuando las chicas tengan que actuar en un teatro de Abilene, y por lo tanto viven allí, es posible que su revólver tenga que estar en funcionamiento siempre. Ya lo ha oído: la banda de Truman está muy cerca.

Johnny negó con un movimiento de cabeza.

—No voy a hacerme cargo de este trabajo.

—¿Por qué?

—Se trata de mujeres. Se trata de pecadoras. Yo pensaba que me harían proteger a alguna pobre familia de emigrantes, o algo así.

—¡Pero, amigo mío…! ¡Por los pobres emigrantes no se preocupa nadie! ¡En cambio Miller tiene muchísimo interés en no perder a ninguna de esas chicas! ¡Cada una de ellas vale una montaña de oro!

—Pues que se las quede. No seré yo quien se hunda en el fango del vicio y camine por esos senderos del diablo.

—Ése es asunto suyo, señor Evans.

—¿Pero no cree que tengo razón?

—Soy demasiado joven para decidir. Sólo tengo veinte años.

Johnny Evans chascó dos dedos.

—Me iré enseguida —susurró—. Ya he tenido demasiadas desgracias últimamente.

Primero lo de mi pobre hermano, y ahora esto…

—No se vaya tan pronto. Al menos tiene que quedarse a cenar con nosotros.

—¿Qué dice?

—Ya le expliqué que mi padre tendría mucho gusto en conocerle. Al decirle que estaba usted aquí, ha puesto el mayor interés en invitarle a cenar. No puede usted despreciarlo.

—De acuerdo, pero eso no significa que yo vaya a aceptar ni de lejos el encarguito de Miller.

—Nada tiene que ver una cosa con otra.

Los dos pasaron al interior del edificio principal. Según vio Johnny, todo indicaba una gran riqueza. El comedor lucía una mesa magníficamente puesta. Y, por lo que vio, el padre de Jim, es decir el poderoso señor Berkeley, era sin embargo un pobre paralítico. No podía desplazarse sin ayuda de su silla de ruedas.

Johnny parpadeó al verlo.

No pudo disimular su violenta sorpresa.

Y pensó que los caminos del Señor son inescrutables.

A Berkeley, a quien había dado riquezas y poder, le había quitado sin embargo algo tan sencillo y tan vital como el uso de sus piernas.

Pero el rico ranchero no parecía acomplejado por eso. Al contrario, lanzó una fuerte carcajada y tendió ambas manos a Johnny.

—Bienvenido al Berkeley Ranch, amigo. Me ha gustado mucho conocerle. Yo era un gran admirador de su hermano Ted, ¿sabe?

—A quien espero que Dios haya perdonado.

—Oh, por supuesto, por supuesto… Pero ahora lo que usted tiene que hacer es vengarle. ¿Para cuándo esa muerte de Dongil? ¿A qué espera?

—Mi misión no es matar, señor Berkeley.

—¿No? ¿Pues qué hace en Abilene?

—Predicar la paz.

El ranchero tuvo que parpadear tres veces como para que el

pensamiento entrara en su cabeza, y aun así tuvo la sensación de que no le había entendido bien.

—¿Qué paz?

—La paz del Señor, naturalmente.

—Pero usted no es lo que se dice un sacerdote.

—No. Sólo un predicador independiente.

—En este país abundan… Y algunos son muy buenos, cuerno, muy buenos. Pero déjese de remilgos. ¿Por qué no predica la paz del «Colt», que es la única que entendemos en esta tierra? ¿Por qué no mata a Dongil?

—Por favor, señor Berkeley, métase en la cabeza que yo no he venido aquí a matar. Si no es así no nos entenderemos.

—Está bien, está bien… Al menos nos entenderemos en una cosa: en que este champaña francés es excelente. Pruébelo. ¡Y verá qué asados saben preparar mis cocineros!

En efecto, la cena fue magnífica.

Berkeley era un estupendo anfitrión. Y no reparaba en gastos. Hizo todo lo posible por agradar a Johnny, a pesar de que no pensaba pedirle nada.

Mientras tomaban café, el ranchero señaló sus piernas inútiles.

—Ya ve —dijo—, a pesar de esto soy un hombre afortunado.

—¿Desde cuándo tiene medio cuerpo paralizado, señor Berkeley?

—¡Uf! Desde antes de que naciera Jim. Mi esposa y yo éramos muy jóvenes cuando en un desafío me rozaron la columna vertebral con una bala. Pero la parálisis no fue por el momento demasiado grave, y pude tener un hijo. De todos modos los médicos me advirtieron que con el tiempo la cosa iría a peor. Y ya ve. Los médicos, que se equivocan en todo, no se equivocaron en eso. Al cabo de poco tiempo ya tuve que emplear la silla de ruedas. No puede imaginar la ansiedad con que esperé el nacimiento del que por fuerza iba a ser mi único hijo. Allí se decidía mi porvenir y mi vida.

—¿Por qué?

—¡Hombre! ¿Y lo pregunta? Parece mentira que usted haya trabajado en ranchos, señor Evans.

—No veo la razón de…

—Si llega a nacer una chica, todo se hundía. El rancho, ¿qué

continuador hubiese tenido? Un paralítico tiene que valerse de su hijo. Su hijo es su pensamiento y son sus brazos. Y una chica hace muy bonito, pero no sirve para tratar con los vaqueros y empuñar el revólver si es necesario. Por eso cuando nació Jim yo me consideré salvado.

Johnny miró al heredero del rancho.

Le pareció muy agradable, pero muy blando.

Uno de esos muchachos guapos y tiernos de los que se encaprichan las mujeres experimentadas.

Pero poca cosa con los caballos y las vacas.

Y menos aún con el «Colt» en la mano.

Esos pensamientos debieron reflejarse en sus ojos, porque Berkeley sonrió mientras explicaba:

—Sí, ya sé que lo tengo malcriado, amigo mío. Que he procurado evitarle todos los problemas y todas las penalidades de la vida. ¿Pero qué le voy a hacer? Él es mi única esperanza.

Dicho esto, Berkeley acercó un poco más al fuego de la chimenea su silla de ruedas.

—¿Por qué no se queda a descansar aquí, señor Evans? —musitó —. Ya es algo tarde para volver a Abilene. Podría prepararle un dormitorio, y mañana regresa a la ciudad.

—Le estoy causando muchas molestias, señor Berkeley.

—Ninguna molestia. Al contrario, mañana es domingo y podrá predicar si quiere en nuestra pequeña capilla. Nos hará un gran favor.

—Si es así acepto, señor Berkeley.

—Mis vaqueros necesitarán oír un buen sermón. Hoy, sábado por la noche, están casi todos en Abilene cometiendo pecados. Sobre todo pecados de palabra. ¡Tendría usted que oír cómo hablan!

E indicó a Jim que enseñara a Johnny Evans el dormitorio de los huéspedes.

Éste era magnífico, como todo en aquella casa. Jim se lo señaló con un movimiento blando.

—¿Le gusta?

—Es demasiado lujoso para mí.

—No se preocupe, Johnny. Descanse. Y si quiere quedarse varios días en el rancho, por nosotros no hay inconveniente.

Eran todos muy amables allí. La verdad era que Johnny se

hubiese quedado varios días, en parte también para tratar de olvidar la muerte de Ted. Pero no quería causar molestias, de modo que decidió marcharse a la mañana siguiente.

No se acostó enseguida.

Encendió un cigarrillo y fue a dar un paseo por las cercanías.

Hacía una magnífica noche.

Todo el rancho daba la sensación de estar abandonado.

Era cierto lo que había dicho Berkeley de que sus vaqueros estarían cometiendo pecados en la viciosa Abilene.

Sólo debía haber los tumos indispensables de guardia.

Por eso se tenía aquella gran sensación de paz.

Por eso se estaba tan bien paseando por la gran llanura solitaria, salpicada aquí y allá de hermosos y copudos árboles.

Hasta que de pronto todo cambió.

Hasta que a Johnny aquellos árboles le parecieron horribles.

Hasta que tropezó con aquellas piernas.

«Unas piernas suspendidas en el aire…».

Aún eran hermosas.

Aún llevaban las sugestivas medias nuevas en las que Johnny Evans se había fijado antes en contra de su voluntad.

Pero ahora todo había cambiado.

Ahora estaba colgada de aquel árbol.

Ahorcada bajo las frías estrellas de la noche…

CAPÍTULO VI
DOS HOMBRES PARA MORIR

Johnny se llevó poco a poco las manos a la cara.

Había sentido por un momento un vacío en el pecho, un vacío que le impedía respirar.

Retiró las manos poco a poco.

Le parecía estar soñando.

Pero no soñaba. Lo que tenía enfrente era una sucia realidad. La muchacha no sólo estaba ahorcada, sino que la habían ahorcado muy poco antes.

Acababa de morir.

Aún estaba caliente.

Los ojos alucinados de Johnny Evans buscaron a sus asesinos. Tenían que ser al menos dos, ya que un hombre solo no hubiera podido hacer aquel siniestro trabajo.

Miró en torno suyo.

Y le pareció ver movimiento en un barracón para herramientas situado allí cerca, como si alguien hubiese tratado de ocultarse repentinamente.

Johnny fue hacia allí.

No se le ocurrió pensar que no llevaba ni un modesto cortaplumas.

Esta vez no pensó tampoco en la paz del Señor.

No sabía bien por qué, pero pensaba en una colección de tumbas.

Entró en el barracón.

Alguien acababa de encender una luz allí.

Señal de que sus enemigos se sentían más fuertes, ya que no trataban de ocultarse.

Eran dos.

Dos hijos de perra.

Le miraban socarronamente con las manos sobre los revólveres.

No eran gente del rancho.

Tenían esa cosa indefinible, chulapona, de los pistoleros profesionales cuando son de baja estofa.

Rieron a la vez.

—Vaya… Mira el hombrecito.

—Lo hemos visto en un entierro, ¿no lo recuerdas?

—Es el hermano de Ted Evans.

—¿El predicador?

—El mismo.

—Pues vamos a ver qué nos predica cuando lo ahorquemos junto a la muchacha.

—Hala, vamos.

—Nunca he colgado a un tipo de esa clase. Será una sensación nueva.

Ellos mismos se lo habían dicho todo.

Y avanzaron hacia Johnny.

Johnny los vio venir.

No sentía nada.

O quizá una indefinible sensación de asco.

Uno de ellos sacó su revólver.

Johnny Evans movió el pie derecho.

No lo pensó. Fue algo instintivo. Fue algo que pareció venir desde el fondo de su pasado, desde antes de que muriera la pobre Judith, la única novia que había tenido.

¡CHASK!

Los resultados del brutal puntapié fueron fulminantes. El pistolero, que había sacado el «Colt» confiadamente, se dio cuenta de pronto de que ya no lo tenía entre los dedos.

Masculló:

—¡Perro…!

El otro fue a ayudarle.

Intentó empuñar el revólver.

Pero también hubo de lanzar un grito de brutal sorpresa. No lo entendía. ¿De dónde había brotado aquel pie? ¿De dónde había salido aquella especie de palanca de hierro?

¿Cómo era posible que su «Colt» también hubiera salido despedido hasta el techo?

De pronto los dos hombres se encontraron sin armas.

Pero eran dos contra uno.

Y tenían sus puños.

No lo pensaron más.

Atacaron como bestias, buscando uno el flanco derecho y el otro el izquierdo.

Esta vez Johnny falló.

No estaba prevenido.

Le faltaba el entrenamiento que, por ejemplo, tuvo su hermano Ted, siempre metido entre tiros y peleas.

Le pareció que el hígado le iba a salir por la boca.

Fue espantoso.

Sus rodillas se doblaron cuando recibió de lleno aquellos impactos y tuvo en el cerebro la sensación del *K. O.*

Los dos granujas rieron.

—¡Uno más y está listo!

—¡Adelante! ¡Es de mantequilla!

El de la derecha fue a descargar sus puños otra vez.

Mantequilla…

Sí, sí. Mantequilla.

De pronto le pareció que todo el mundo daba vueltas. Pero el que dio vueltas fue él.

Tuvo la brutal sensación de que uno de sus ojos le salía por la nuca.

Quizá nunca Johnny había dado un puñetazo como aquél.

Con tanta fuerza y con tanta rabia.

Alcanzó de lleno a un enemigo confiado y que le ponía la cara delante. El pistolero rugió mientras se estrellaba contra la pared. Su compañero trató de ayudarle.

Fue a disparar sus puños en corto.

Pero no cubrió su mandíbula.

De repente tuvo la sensación de que un árbol entero se le desplomaba encima.

Su mandíbula crujió. El propio Johnny tuvo la sensación de que sus nudillos se habían roto.

Pero, no.

Sus nudillos parecían de acero.

Seguía sin pensar nada.

El odio le dominaba.

Un odio que no había sentido desde que decidió lanzarse a los caminos del Oeste a predicar la paz.

Aprovechó el desconcierto del enemigo que ahora tenía enfrente para golpear de nuevo. Lo hizo con fuerza, con saña. Allí no había reglamentos que sirviesen. Buscó las sienes del pistolero y estrelló los puños en ellas.

El otro lanzó un chillido.

Pero no cayó.

Le hubiese servido más.

Otros dos golpes fueron a las sienes, haciendo que perdiera el mundo de vista. El pistolero cayó como un fardo. Y su caída permitió a Johnny darse cuenta de que el otro, ya más recuperado, gateaba hacia el revólver.

Johnny disparó su pierna derecha.

Hígado.

La izquierda.

Estómago.

La derecha.

Mandíbula.

La izquierda otra vez.

Cabeza.

La derecha.

Columna vertebral…

Todo aquello componía una sinfonía macabra de chasquidos, golpes, rugidos, choques, ayes… Pero Evans no la oía. Johnny Evans sólo tenía ante sus ojos aquella especie de nube roja. El solo pensaba en pelear, pelear, pelear…

Alguien le sujetó de pronto.

—Basta, señor Evans.

—Ya está bien.

Evans se revolvió.

No quería que le sujetasen.

Aún pensaba seguir…

Pero entonces reconoció la voz de Jim Berkeley.

—Por favor, deje. Es bastante.

Le pareció despertar de un sueño.

Se vio a sí mismo rodeado de gente que había entrado por la

puerta. Vio los dos caídos.

Vio manchas de sangre por todas partes, especialmente en sus propios puños.

Le pareció increíble.

Él no podía ser aquel hombre.

Una especie de verdugo, una máquina de matar…

Jim se inclinó sobre los caídos.

Estaba asombrado.

Cuando clavó de nuevo los ojos en Johnny, le miró como si éste fuera un fantasma.

—Están muertos —dijo.

—¿Queeeeé…?

—Muertos. Uno tiene un derrame cerebral y ya no recobrará el sentido nunca. Los golpes en las sienes han sido de los que no perdonan. Y en cuanto al de los puntapiés…

Bueno, ése está deshecho por dentro.

Nunca Johnny hubiera esperado nada semejante.

Pero no fue solo aquello.

De pronto todos los vaqueros que habían contemplado la pelea sin que él se enterase prorrumpieron en alaridos de entusiasmo y corrieron a abrazarle como si él fuera un gran campeón.

—¡Bravo!

—¡Eres un tío!

—¡Así se predica!

Johnny susurró:

—Por favor, déjenme.

—¡Al contrario! ¡Te invitamos a beber! ¡Vas a ser nuestro jefe! ¡Daremos tu nombre a una calle de Abilene!

—Les ruego que…

Jim Berkeley musitó:

—Dejadle, muchachos.

Le soltaron cuando ya iban a izarle en hombros. Johnny se apoyó en una pared. Aún seguía mirando incrédulo sus puños manchados de sangre.

Jim Berkeley le tendió un paño.

—Tome, límpiese. Luego podrá lavarse bien.

—Gra… gracias.

—¿Sabe que pega como un demonio?

—Por favor, no hablemos de eso.

—Lo hemos visto todo Un vaquero encontró a esa chica ahorcada y dio la alarma.

Entonces oímos los golpes en el barracón y vinimos todos hacia aquí.

—La chica era una de… de…

—Sí, de las de Miller.

—¿Por qué han hecho esa salvajada?

—Ante todo debe saber —dijo Jim Berkeley—, que estos granujas a los que ha matado son hombres de Truman.

—¿Y… y qué?

—Ellos buscaban hacerse con las chicas. Supongo que «explotadas» en México valen una fortuna. He oído decir que Truman les había ofrecido «contratarlas», montando un espectáculo de baile más allá de la frontera.

—Pero ellas no aceptaron.

—¡Que van a aceptar! Al contrario, pidieron a Miller que buscase a alguien para protegerlas, y Miller le contrató a usted.

—Pero eso no explica que hayan cometido un asqueroso crimen.

—¿Cómo qué no? ¡Claro que lo explica! Así aterrorizan a las otras y las obligan a aceptar en evitación de males peores. Aquella pobre chica debió salir a pasear un rato y la atraparon. Como esta noche apenas había vigilancia en el rancho…

Johnny Evans salió sin decir una palabra.

Se sentía trastornado.

Desde la puerta del barracón, uno de los vaqueros le tranquilizó diciendo:

—Yo en su lugar no me preocuparía tanto, amigo. Abilene nunca ha sido tierra de predicadores.

Y añadió:

—Pero ha sido tierra de muertos…

CAPÍTULO VII
LAS ALEGRES CHICAS DE MILLER

Miller había dicho:

—Lo que usted tiene que hacer es aceptar mi oferta, señor Evans. Los hechos han demostrado que es usted el hombre que andaba buscando Mucho mejor incluso que su hermano Ted. Porque Ted nunca hubiera logrado hacer un trabajo tan admirable.

—Querrá usted decir un trabajo tan repulsivo.

—No entremos en análisis. Más repulsivo fue lo que hicieron aquellos dos hombres, ¿no?

—Eso es cierto, pero de todos modos no me quedaré aquí. Ya me he rebajado bastante.

Me iré de Abilene.

—Crea que lo siento, Johnny.

—Yo también.

—Al menos quédese hasta el entierro de esa pobre chica. Se llamaba Judith, ¿sabe?

—Judith…

Aquél sólo nombre traía a la memoria de Johnny recuerdos lejanos y amargos, recuerdos que con todas las fuerzas de su vida hubiera deseado olvidar.

—Está bien, me quedaré. Pero sólo hasta el entierro.

—Lo efectuamos esta tarde.

Habían transcurrido menos de veinticuatro horas desde que la bailarina fue ahorcada.

En cuanto a los cadáveres de sus dos verdugos, habían sido expuestos en el portalón de entrada del rancho. Era una costumbre para que los hombres de Truman los vieran y se diesen cuenta de la clase de propinas que se repartían allí.

El entierro de la bailarina fue triste.

Ninguna de sus compañeras quiso asistir.

Dijeron que aquello les hundía la moral, que les destrozaba los nervios.

Después de la ceremonia, Johnny preparó sus cosas y se dispuso a abandonar el Berkeley Ranch. Se despidió del dueño y de su hijo Jim y montó a caballo para regresar a Abilene.

Le habían advertido:

«Ojo. Los hombres de Truman querrán vengarse».

Pero a él no le importaba eso.

Confiaba en que no habría más peleas.

Si se largaba pronto de Abilene, no se molestarían en buscarle.

Pero antes de salir de los límites del rancho fue al extremo sur de éste, donde se hallaba enclavado el pequeño cementerio particular de los Berkeley. Allí estaban las tumbas de los abuelos de Jim y también la de su madre, muerta bastantes años atrás.

En la de la bailarina aún no había lápida.

La estaban haciendo.

Costeada por sus compañeras.

No había más que una cruz.

Pero la tumba no estaba solitaria. Johnny, al llegar, se sorprendió al ver junto a la cruz una figura humana. Detuvo el caballo y se apeó silenciosamente.

Ella le miró.

No la había visto antes.

Pero tenía que ser una de las chicas de Miller.

Iba vestida como las otras.

Incluso con la falda abierta hasta medio muslo.

Pero había en ella algo indefinible, algo distinto, como si se avergonzase de su propia situación. A Johnny le recordó un poco lo que había sentido él cuando comprendió que había matado a golpes a dos hombres.

Seguro que a aquella chica no le gustaba ser una de las bailarinas de Miller.

Pero se aguantaba.

Lo extraño era que no la hubiese visto antes. ¡Claro, como había tantas y todas tan bonitas!

Ella llevaba en las manos un ramo de flores.

Se disponía a colocarlas junto a la cruz.

Bisbiseó:

—Buenas noches, señor Evans.

—¿Qué hace usted aquí?

—He pensado que esta tumba estaría muy triste. Nadie se ha acordado de las flores.

—Las flores no resuelven nada. Lo único que importa es la benevolencia del Señor.

—Ya lo sé, pero sin ellas, ¡hay tanta tristeza!

Y las depositó junto a la cruz.

Johnny la miraba en silencio a través de las sombras.

—¿Por qué se ha acordado? —musitó al cabo de unos instantes —. ¿Era muy amiga suya?

—Más o menos como las otras.

—Pero usted es muy joven…

—Judith también lo era.

—¿Por qué está usted aquí? Quiero decir con Miller.

Ella se encogió levísimamente de hombros mientras susurraba:

—Cosas…

—Adivino que no le gusta.

—Nunca me gustó, pero ese *ballet* no es lo que usted piensa. Todas las chicas son honradas. Bailan y nada más.

—Bailan enseñando las piernas —acusó Johnny Evans.

—No lo niego, pero en todos los bailes se enseñan un poco, ¿verdad?

—Haría usted bien en retirarse.

—No crea que no lo he pensado —susurró ella—. Y hasta lo he intentado dos veces.

—¿Por qué no llegó a hacerlo?

—Mis padres me vendieron —susurró ella.

—¿Queeeeé…?

—Me vendieron para pagar sus deudas. ¿Cree que sólo hay esclavas negras en el Sur?

También hay esclavas blancas.

—¿La vendieron en el Sur?

—Sí, en Alabama.

—¿Pero cómo fue eso posible?

—Se ve que no conoce usted Alabama, señor Evans.

—Pues… no, la verdad es que no.

—Una mujer blanca puede ser vendida si a un cacique poderoso

le interesa. Yo formaba parte de un grupo de tres. Nos pusieron a trabajar gratis en un rancho hasta que nuestros padres pagaran sus deudas. Era una forma de vendernos.

—Trabajar en un rancho no es mal —musitó él—. Al contrario.

—No lo será en circunstancias normales, pero sí cuando el dueño tiene derecho de vida o muerte sobre una.

Y cuando está esperando la ocasión más propicia para hacer lo que usted imagina. ¿Por qué, si no, cree que compró a tres muchachas?

Johnny tragó saliva.

—¿Llegó a hacerlo? —musitó.

—Escapé antes.

—Supongo que en esas condiciones… escapar sería un delito.

—Lo era. Podía costarme diez años de cárcel.

—¿No la encontraron?

—No, porque yo encontré antes a Miller. Quizá usted no sepa que Miller, a su manera, es un hombre honrado. Nos lleva de un lado para otro, nos vigila y nos protege. Viajando tanto como viajamos, es imposible que aquel hombre de Alabama llegue a dar conmigo.

—Pero ésta no es vida para usted.

Ella rió tristemente.

—Usted es un predicador —susurró—. Ve las cosas de distinta manera.

—Sólo hay una manera de verlas.

Ella sostuvo la mirada de sus ojos.

Tenía una mirada noble, limpia.

Musitó:

—No lo crea, predicador. Todas las cosas tienen dos caras. La misma vida tiene otra cara, que es la muerte. Yo estoy pagando una deuda sagrada. Envío a mis padres todo lo que gano.

—¿Por qué lo hace?

—No es sólo por ayudarles a ellos. Tengo una hermana más joven a la que no quiero que lleguen a vender.

Y se acercó a Johnny.

Fue a pasar junto a él.

—¿Adónde va?

Ella volvió a clavar en Johnny aquellos ojos claros y limpios.

—Volveré a la casa.
Johnny captó la quietud de la noche.
Captó el perfume de la piel de la mujer.
Hacía años que no le ocurría aquello.
La sensación de la belleza.
La sensación de la vida que se va.
Y también la oscura sensación del pecado.
Fue eso lo que provocó su repentina ira. Fue eso lo que movió su mano sin saber por qué.
—Perdóname —musitó—. No me he dado cuenta. He sido un verdadero salvaje.
—No tiene importancia, señor Evans. En cierto modo no le falta razón.
Y la chica se inclinó a sus pies.
Había caído al suelo el único anillo que llevaba Johnny, un anillo que fue de su madre.
Desde la pelea lo llevaba roto y no se había dado cuenta.
—Tome, señor Evans, se le ha caído.
—Gracias. Era… era de mi madre.
—Su madre tal vez me hubiera comprendido mejor —dijo ella suavemente. Y se volvió para alejarse.
Evans dijo con voz ronca.
—¡Un momento…!
—¿Qué?
—Aún no sé cómo se llama.
—Mi nombre es Marta.
—Marta, perdóneme si la he ofendido.
—No, no lo ha hecho, Johnny. No piense más en eso. En el fondo tiene razón. Puede creer que si algún día le matan tal vez sea yo la única en llevar flores a su tumba.
Y se alejó definitivamente.
Las sombras se la tragaron.
Johnny Evans quedó quieto junto a la tumba, sintiendo otra vez aquel extraño vacío en el pecho.
Recordaba otra escena muy lejana.
Una escena que no se volvería a repetir más.
Cuando él encontró a Judith muerta. Judith, que también llevaba el vestido roto.

—Dios santo… —musitó—. Dios santo…

Creyó entonces que nunca volvería a sentir nada por una mujer.

Pero ahora notaba otra vez el aletear del deseo. Y le dominaba un sentimiento al que no quería dar nombre.

Su plan era no detenerse en Abilene y seguir viaje hasta que estuviera bien lejos. Su intención era olvidarse de la muerte de Ted, olvidarse de Miller y de todo lo demás. No dejarse arrastrar por la idea de la venganza y la muerte. Huir bien lejos de allí para no convertirse en un matador de hombres.

Pero la suerte no le acompañó en eso.

Nada más entrar en Abilene, su caballo se torció una pata.

Johnny, que llevaba vendajes elásticos en las bolsas de la silla, se la afianzó cómo pudo, pero era evidente que el noble animal no podría seguir caminando. Hacía falta que le viese un veterinario y que tuviera al menos un día de reposo.

Eso era grave.

Si los hombres de Truman le pescaban en Abilene, podía haber allí una matanza. Y una de las víctimas de esa matanza sería él, naturalmente. Pero no tenía más remedio que quedarse allí.

Claro que podía comprar otro caballo en la cuadra pública, aunque fuera de noche.

Y abandonar al suyo.

Pero no tenía valor para eso.

La experiencia le había demostrado que los caballos son más fieles amigos que los hombres.

De modo que dejó a su corcel en la cuadra pública para que descansara y él alquiló una habitación en el mejor hotel. Confiaba en que por una noche no pasaría nada.

Y no ocurrió nada.

Por lo menos hasta la mañana siguiente.

A la mañana siguiente ya fue distinto.

No había tenido la precaución de cerrar la puerta de su cuarto.

Y apenas abrió los ojos se lo encontró invadido.

Pero no por los pistoleros de Truman.

Todo lo contrario.

Por las chicas de Miller.

Las chicas de Miller vestían tan provocativas como siempre y rodeaban su cama por todas partes. Parecían dispuestas a colmarle

de atenciones. Una llevaba la bandeja con el desayuno. Otra una botella de *whisky*. Una tercera una caja de bombones. Una cuarta se contentaba y no era poco, con enseñarle las piernas.

Johnny parpadeó.

No estaba Marta entre ellas.

Pero no entendía nada de todo aquello.

Estaba abrumado.

Las voces de las alegres chicas de Miller le llegaban por todos lados.

—No se vaya, Johnny…

—Menos mal que aún le hemos atrapado a tiempo.

—¡Por una vez que tenemos un hombre guapo…!

—Todas queremos que se quede.

—Haremos cualquier cosa.

—Le serviremos el desayuno todas las mañanas.

—Nos lo rifaremos.

Una gritó:

—¡No, rifarlo no!

—¿Por qué?

—¡Porque a lo peor te toca a ti!

—¿Y por qué iba a tener yo precisamente la suerte?

—¡Porque siempre haces trampas!

—¡Te voy a…!

Otra de las chicas impuso cordura con dos rápidos gestos.

—¡Chicas, chicas…! ¡Calma! ¡Qué el señor Evans va a creer que somos unas bailarinas!

—¿Y qué somos?

—Bueno, pero nosotras somos distintas.

—Además estamos enamoradas de Johnny.

—Hace falta que lo sepa, señor Evans.

—Nos gusta usted, qué cuerno.

—Y no le dejaremos escapar así como así.

Johnny casi se tapó la cabeza con las ropas.

Ahora sí que estaba dispuesto a escaparse.

Si continuaba en Abilene aquellas mujeres le harían perder la cabeza.

Lo menos eran doce chicas.

Y por lo tanto cometería pecados multiplicados por doce.

Lo malo era que no sabía cómo escaparse.

Aquellas bellezas le rodeaban cada vez más.

Sólo les faltaba tirar de la ropa.

Hasta que de pronto se oyó aquella voz en la puerta, de la habitación.

—¿Pero qué diablos pasa aquí? ¿Qué hacen?

Todas se volvieron al mismo tiempo.

Y pusieron caras de niñas que han sido pilladas en una falta.

—Oh, perdone, señor Berkeley.

—Habíamos visitado al señor Evans.

—Pero sin mala intención.

—Ya ve: lo único que queríamos era servirle el desayuno.

La voz del joven Berkeley —aquella voz lejana e inexpresiva que tenía siempre— murmuró:

—Por lo que veo, todas están enamoradas de él.

—Bueno… No negamos que nos gusta.

—El señor Evans es distinto a todos.

Berkeley murmuró:

—De acuerdo. Todas están enamoradas de él… «menos una».

—¿Menos una? ¿Por qué?

—Porque a otra chica del grupo acaban de asesinarla…

CAPÍTULO VIII
EL HOMBRE DE ABILENE

Cuando Johnny Evans llegó junto con Berkeley a aquella especie de cuadra que había en las afueras, aún tenía la boca espantosamente seca. Se había vestido a toda prisa y había salido con él, mientras las chicas se dispersaban. Desde el primer momento tuvo aquella horrible sensación metida en el pensamiento:

«Es Marta… Tiene que ser Marta»…

Y cuando la vio casi sintió alivio.

Era vergonzoso.

Pero la muerta no era Marta, y él se alegraba en lo más íntimo de su ser, sintiendo así como si aquel sucio asesinato tuviera menos importancia.

Miller también estaba allí.

Sus manos temblaban.

—Es horrible, señor Evans… —musitó—. Horrible… El señor Berkeley y yo acabamos de encontrarla.

—¿Quién es?

—Se llamaba Laura. Era una de las más antiguas del grupo. Una chica desenvuelta y graciosa como todas. Nunca había hecho daño a nadie. No entiendo de ninguna manera cómo alguien ha podido… cómo alguien ha podido asesinarla.

Johnny se inclinó sobre la víctima.

Había sido un sucio crimen.

Una bala por la espalda.

Y en aquella cuadra miserable…

—¿Qué hacía ella aquí? —musitó.

—Había venido a verle a usted… como todas.

—¿Y por qué no llegó al hotel?

—Alguien debió engañarla al separarse un momento de las otras. O quizá la metieron a la fuerza en esta cuadra y entonces le

clavaron la bala. Es… es repulsivo.

Jim Berkeley miraba fijamente a Johnny Evans.

Muy fijamente.

Con su voz opaca e impersonal murmuró:

—¿Se da cuenta? Han sido los sicarios de Truman.

—¿Pero por qué?

—Una forma de vengarse por la muerte de sus dos hombres. Así demuestran que no piensan abandonar la partida.

Miller tembló.

—¡Dios mío! ¡Las matarán a todas!

Los labios de Johnny formaban una extraña mueca.

—Yo soy responsable —dijo—. Sólo yo tengo la culpa de que esta pobre muchacha haya muerto.

Berkeley seguía mirándole.

—No, no creo que sea usted responsable —dijo—, pero de todos modos algo debe hacer. ¿Qué piensa?

—Voy a hacer algo que no deseaba, Jim.

—¿El qué?

—Me quedaré en Abilene. Me quedaré aquí hasta imponer le ley, como hubiera hecho mi hermano Ted.

Berkeley arqueó una ceja.

—¿Cómo piensa imponer la ley aquí? ¿Tal vez predicando la palabra del Señor?

No había burla en su voz, sino más bien una secreta ansiedad.

Johnny musitó:

—He dicho que haré lo que hubiese hecho mi hermano Ted, el condenado pistolero…

CAPÍTULO IX
¡«SACA» Y REZA!

Los dos hombres estaban en el *saloon* cuando Johnny entró. Se notaba que eran pistoleros de Truman por su modo chulapón de llevar las armas, por su manera de vestir y sus poses insolentes y agresivas. Eran de esos tipos acostumbrados a mandar siempre allí donde se meten. Habituados a que la gente tiemble en su presencia.

Vieron a Johnny, claro.

Como lo vio todo el mundo.

Y no dejó de hacerles gracia.

Un predicador allí…

Claro que era un predicador con buenos puños, eso no podía negarse.

No es nada fácil que un tipo mate a dos hombres con sólo la fuerza de su impacto.

Pero con el revólver sería otra cosa.

Vaya si lo sería…

Ahora tenían una buena ocasión para eliminarle.

E iban a aprovecharla.

Johnny se apoyó en la barra.

Tenía muy poca costumbre de moverse por los *saloons*.

Y menos aún costumbre de beber. Por eso pidió:

—Una taza de té.

—¿Qué dice?

—Una taza de té.

—No tenemos de eso, amigo. Lo más ligero que hay aquí es la cerveza.

—Pues una jarra de cerveza. No creo que haga ningún daño bebiéndola.

Los dos hombres que habían estado observándole desde que

entró se dieron un codazo el uno al otro.

—¿Te has fijado? Ha pedido una taza de té.

—Tendría que haber pedido otra cosa.

—¿Por ejemplo qué…?

—Una corona para su tumba.

Johnny simulaba no oírles.

No había estado seguro al principio de que aquellos dos tipos fuesen pistoleros de Truman.

Pero ahora sus dudas se disipaban. No sólo eran pistoleros de Truman, sino que además tratarían de eliminarle.

Uno de ellos añadió:

—Quizá convenga entablar amistad con él.

—Sí, muchacho. O pagarle la cerveza.

—Hay que ser amables con los que van a morir.

Johnny tragó saliva.

Le estaban provocando. Buscaban la bronca que había de terminar con un duelo a muerte.

Sólo que él no tenía la suficiente experiencia. Él no sabía que las cosas no suelen ser tan sencillas.

Generalmente los que provocan no son los que disparan.

Precisamente si llaman la atención del enemigo es porque el que ha de eliminarle está espiando en otro lado.

Johnny Evans no se había dado cuenta de la presencia del otro hombre.

El que aguardaba junto a la puerta.

El que ya tenía la mano sobre el «Colt» mientras los otros hablaban.

Uno de los que estaban junto a la barra musitó:

—Pero ese tipo no se atreverá a contestar.

—Se nota que es un cobarde.

—A ver si cuando haya bebido la cerveza se anima un poco…

Johnny Evans no se daba cuenta de la verdadera situación.

Sólo pensaba que aquellos tipos buscaban camorra.

Y que iban a encontrarla.

Masculló:

—Más valdrá que os pongáis a rezar, compañeros.

—¿Rezar? ¿Por qué?

—¿Qué pasa?

—No me gusta matar a nadie por sorpresa —murmuró Johnny —. Tenéis tiempo para prepararos.

—¿Y tú? ¿Ya estás preparado?

—¿Por qué no mueves las manos en lugar de hablar, mequetrefe?

Ahora Johnny ya llevaba un «Colt» en el cinto.

Era como en los viejos tiempos.

Como en aquella condenada época que hubiera querido olvidar para siempre.

Alzó un poco la derecha.

—Lo siento… —musitó.

Entonces el tipo que estaba junto a la puerta se puso en movimiento.

Ahora no podía fallar. Johnny Evans estaba obsesionado con los otros dos. Le mataría sin que se enterara.

Fue en aquel momento cuando la muchacha que había aparecido junto a la puerta gritó de pronto:

—¡A tierra!

Johnny obedeció mecánicamente. Había reconocido la voz de Marta. Se estrelló contra la barra con una rapidez fulminante, mientras la bala disparada desde atrás le arrancaba cabellos de la cabeza.

Los otros dos también «sacaron».

Pero cometieron el error de apuntar a la muchacha.

Querían vengarse de ella por haber salvado de momento a Johnny.

Creyeron que sería una presa fácil.

De repente sonaron aquellas dos detonaciones. Johnny Evans había disparado desde el suelo, sin apartar el revólver de la cadera. Todo fue tan rápido que sus dos enemigos no llegaron ni a entenderlo.

Habían esperado encontrarse ante un hombre de puños mortíferos, pero lento con el «Colt». Su sorpresa resultó brutal, y lo peor fue que ya no les quedó tiempo para reaccionar.

Las dos balas habían penetrado casi exactamente por el mismo sitio.

Por el centro de la mandíbula.

Los «Colt» saltaron al aire mientras sus dueños se desplomaban

pesadamente.

El que estaba en la puerta intentó girar el revólver, mientras lanzaba un grito de rabia.

Pero no le quedó tiempo para apretar el gatillo.

Marta se había lanzado sobre él.

Logró desviar el arma en el último momento.

El pistolero disparó al fin.

La bala resbaló sobre la superficie de la barra y se llevó por delante el vaso de cerveza que habían servido a Johnny. La espuma se mezcló con algunas esquirlas de plomo. Los que estaban más cerca lanzaron al unísono un grito.

Johnny se había contorsionado.

Disparó una sola vez.

El hombre de la puerta había intentado poner otra vez el «Colt» en línea de tiro.

La bala le hizo iniciar un extraño baile.

Le había alcanzado en mitad de la cintura.

Logró disparar dos veces más, pero al suelo, Luego atravesó de cabeza los batientes y quedó mortalmente tendido en el porche.

Johnny se puso en pie.

Aún le parecía increíble no llevar plomo en el cuerpo.

La rapidez con que se había desarrollado todo le parecía todavía mucho mayor, hasta producirle vértigo. No en vano había perdido ya la costumbre de aquello.

Si se conservaba en forma con el «Colt» era por afición. Porque a veces aún ensayaba con botellas y con latas vacías.

Sus ojos se clavaron en Marta.

—Creo que le debo la vida —susurró.

—No me lo agradezca. Lo único que he hecho ha sido gritar al ver a ese hombre.

—Era el encargado de matarme.

—Una sucia traición, como siempre… Me temo que usted no tiene demasiada experiencia en esta clase de asuntos, Johnny.

—La tenía, pero la he perdido. Hacía años que no me desafiaban.

—Y lamenta haber tenido que volver, ¿verdad?

—Lo lamento con todo mi corazón. Pero no puedo consentir que una pandilla de desalmados asesine una tras otra a un grupo de

mujeres indefensas.

—Imagino que también querrá matar a Dongil.

—Naturalmente que sí. Y espero tener la suerte de encontrarlo.

—Aún no se ha ido de la ciudad. Se ve que no le teme.

Johnny no contestó.

Dongil debía creer que él era simplemente un predicador.

Claro que pronto se desengañaría.

Marta había adivinado sus pensamientos.

Una arruga de preocupación se marcaba en su frente cuando balbució:

—Vaya con cuidado. Usted no es más que un condenado a muerte, ¿sabe? Dongil y Truman son de los que no perdonan.

—Ése es asunto mío, Marta. Y le repito mi gratitud por lo que ha hecho. Nunca podré pagárselo.

—Ya lo paga arriesgando su vida para defender a las otras.

—¿Dónde están ahora?

—Han vuelto al rancho.

—Yo volveré también. Vamos, Marta; no se separe de mí.

Tomó el caballo, que había dejado cerca del hotel, y subió a la muchacha a la grupa. Así emprendieron el camino no demasiado largo que les separaba de Berkeley Ranch.

La gente les miraba al pasar por las calles de Abilene.

Había ya mucha animación.

Y todo el mundo se interesaba por aquella historia que iba a ensangrentar una vez más las calles de la violenta ciudad. Todo el mundo empezaba a saber ya quién era Johnny Evans.

Las que con más curiosidad le miraban eran las mujeres.

Realmente Johnny Evans era de esos tipos que llaman la atención.

Y a las mujeres les gustaba aún más por su fama de hombre puro y de chico más bien tímido.

Querían saber cuál sería la primera en hacerle caer.

A las mujeres eso siempre las vuelve locas.

Johnny también las miraba al pasar.

Por pura curiosidad, claro.

Él no quería ahora ningún lío de faldas.

Pero algunas chicas le llamaron la atención por lo bonitas que eran. Sobre todo una de apenas diecisiete años que llevaba un

vestido rosa y que estaba apoyada en la columna central de un porche.

Marta lo notó.

—Bonita, ¿verdad?

Lo preguntó sin ningún rencor, sin ninguna envidia.

—Sí. Es preciosa.

—Pues a ésa creo recordar haberla visto en el rancho.

—¿Forma parte del *ballet*?

—Oh, no… Simplemente creo haberla visto.

Y los dos salieron de Abilene a poca velocidad, porque no querían cansar al caballo sobrecargado. Llegaron bastante tarde. Y notaron que se había reforzado bastante la vigilancia, como si en el rancho se temiera algún ataque.

Johnny dejó a la muchacha con las otras.

A continuación llevó el caballo a la cuadra, lo cepilló un poco, le puso grano en el pesebre y salió.

Fue hacia el edificio principal del rancho.

Y entonces tuvo aquella sorpresa.

Era Jim Berkeley.

Y la preciosa muñeca del vestido rosa.

Los dos estaban en un ángulo del edificio que de todos modos permitía verles muy bien.

Y se estaban besando.

Johnny Evans no tenía más remedio que pasar por delante, pero fingió que no miraba.

Lo normal era también que Jim Berkeley hubiese disimulado. Pero Jim Berkeley le llamó con la mayor naturalidad.

—Eh, Johnny.

Johnny se detuvo.

—Buenos días, amigo… ¡ejem…! Pero si tiene algo que decirme, ya me lo dirá más tarde. Tengo la sensación de que ahora molesto.

—Oh, no se preocupe. Todo el mundo conoce a Loretta aquí. Todo el mundo sabe que nos queremos.

—Ah, entonces es distinto… ¡Caramba! ¿Es su novia?

—Bueno… No exactamente.

Johnny Evans torció el gesto sin darse cuenta.

No quería ser aguafiestas, pero su expresión cambió sin querer. De todos modos intentó sonreír.

—De todos modos —dijo al cabo de unos instantes—, si no son novios aún pronto llegarán a serlo.

—Ejem… Sí, es posible que sí.

A Johnny no le hizo demasiada gracia aquello.

Pero no era asunto suyo.

Ahora no resultaba buen momento para hacerle a Jim Berkeley algunas reflexiones.

Quizá más adelante…

Tendió una mano a Loretta, con una mueca que quería ser alegre.

—Celebro haberla conocido, señorita —susurró—. Permítame decirle que es usted preciosa. Y la felicito anticipadamente por su boda con Jim Berkeley.

Ella parpadeó.

Parecía un poco sorprendida ante aquellas palabras.

Pero al fin dijo:

—Muchas gracias. Si algún día Jim y yo nos casamos ya le avisaré.

—No dudo de que se casarán —murmuró Johnny, alejándose—. Se ve venir.

Pero apenas había doblado la esquina cuando una voz dijo:

—No se ve venir nada.

Johnny se detuvo.

El que acababa de hablarle era uno de los más viejos empleados del rancho.

Debía conocer aquello muy bien.

Y preguntó, mirando socarronamente a Johnny:

—¿Cuándo dejará de mirar las cosas con ojos de predicador, muchacho?

—¿A qué se refiere?

—A Loretta y a Jim. Usted está lleno de buena fe y ha hablado de que se casarían.

¡Pero, hombre! ¿Es que acaso no se ha dado cuenta de que esa chica es simplemente un «plan»?

—¿O sea que Jim se aprovecha de ella?

—Le hace regalos. Pero pensar en casarse… ¡Jamás!

Y no es ella sola. ¿O usted qué se ha creído?

Johnny estaba algo confuso.

—Verá —dijo—. Éste no es mi mundo. Yo no creo nada.

—Pues Jim Berkeley es un mujeriego. Sépalo de una vez. Ese asunto con Loretta dura ya dos años.

—No lo suponía…

—Oh, y no es ella sola. Yo diría que Loretta le gusta mucho, porque siempre están exhibiéndose por ahí y besuqueándose. No les importa que la gente les vea. Al contrario.

Parece que disfruten.

—Eso es, no está bien. Añaden culpa sobre culpa.

—Pero mientras besuquea Loretta, Jim Berkeley tiene una rubia sensacional. Y con ésa va más en serio.

—¿Qué trata de decir?

—A la rubia la hemos visto varios en su dormitorio.

—¿Eeeeeh…?

—Yo mismo la he visto. ¡Qué mujer! ¡Un pelo maravilloso que le llega hasta la cintura!

—¿Y su padre lo consiente?

El viejo vaquero se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? El padre de Jim no se entera de demasiadas cosas, porque a todas partes ha de ir con su silla de ruedas. Pero aun así yo creo que hace la vista gorda. Jim es su único hijo. ¿Qué quiere? ¿Qué le riña porque le gustan las chicas?

—Una cosa es que le gusten, y otra…

—Sí, ya le entiendo. Pero, en fin, yo no entro ni salgo en la cuestión. Sólo he querido avisarle para que no se haga usted más el inocente, hombre. A veces los predicadores son la monda.

Y se alejó.

Johnny estaba bastante confuso.

Le daba pena que una chica como Loretta, a la que se veía tan joven y quizá tan candorosa, fuese engañada por Jim Berkeley.

Quizá éste pensaba que por disponer de dinero ya lo tenía resuelto todo.

Se propuso hablar de aquel asunto con Jim en cuanto pudiese. Pero de momento necesitaba reflexionar sobre otras cosas aún más graves.

Estaba abocado a una situación difícil.

Quizá tendría que matar a muchos hombres.

Y se propuso evitarlo si era posible. Mataría a Dongil y a

Traman. Muertos los dos jefes, se desharía la banda.

Entró en su habitación y paseó nerviosamente mientras pensaba en todo eso.

No se dio cuenta de que el tiempo pasaba.

No había probado bocado, pero tampoco sentía hambre.

Las sombras de la noche empezaron a cubrirlo todo.

Johnny consultó al fin su reloj y se dio cuenta de que había transcurrido casi el día entero. Estaba perdiendo el tiempo. De modo que salió de la habitación, la cerró y descendió a la planta baja.

Quería hablar con el viejo Berkeley.

Quería saber dónde podía encontrar a Truman.

No esperaría a que volviese a atacar. Yendo a su encuentro y clavándole una bala entre las cejas, se solucionarían todos los problemas.

Pero no encontró al viejo Berkeley en el vestíbulo.

No estaba tampoco en la gran habitación que servía como sala de descanso y biblioteca.

Le pareció un poco extraño.

El ranchero no era hombre que pudiera desplazarse muy lejos. Tenía que estar en una de aquellas habitaciones.

Un viejo criado le vio avanzar a través de la biblioteca.

—Hola, señor Evans. ¿Busca a alguien?

—Al señor Berkeley.

—Hace poco estaba aquí.

—Precisamente por eso. No creo que haya ido lejos, ¿verdad?

—Tal vez esté en la veranda. A veces toma el fresco allí, cuando anochece. ¿Quiere que lo busque?

—No, gracias, iré yo mismo.

Johnny salió a la veranda.

Empezaba a conocer la casa bien.

Desde allí se distinguía una magnífica vista de las tierras del rancho.

No era extraño que, al acabar la jornada, el viejo paralítico contemplara todo aquello que aún era suyo.

Pero Johnny parpadeó al salir.

El ranchero no estaba allí.

Sólo se distinguía una mecedora movida suavemente por el

viento. Una mecedora junto a la que destacaba una mancha oscura imposible de definir. Johnny se acercó.

Y sus facciones sufrieron una sacudida al ver más de cerca aquella mancha.

Era sangre.

El joven temió lo peor. Tuvo un presentimiento que le produjo un vacío en el pecho.

Habían matado a Berkeley.

Tenía que ser eso.

Dobló la esquina de la veranda, sabiendo que iba a encontrarse con la silla de ruedas volcada y con las piernas crispadas del viejo. Y encontró unas piernas, ésa es la verdad.

Pero no eran las que esperaba. No, ni mucho menos. Éstas eran unas piernas sensacionales. Unas piernas como para ponerse a dar saltos, sólo al verlas.

Aunque Johnny Evans no dio ningún salto.

Al contrario, quedó petrificado.

Junto a la muchacha, la mancha de sangre era inmensa, agobiante.

La habían matado salvajemente.

Degollándola…

—¿Lo ha visto bien, señor Evans?

La voz parecía llegar desde el fondo de las sombras. Parecía venir de otro mundo.

Johnny volvió la cabeza.

—Loretta…

Ella había surgido de un lado de la veranda. Extrañamente parecía flotar en el aire. Sus ojos, que daban la sensación de estar hipnotizados, miraban fijamente a la muerta.

—¿Ya la ha visto bien, señor Evans?

Johnny reaccionó.

—¿Quién es? —preguntó con un soplo de voz.

—¿No la conoce? Es una de las bailarinas.

El la miró mejor. A través del rictus de la muerte reconoció aquella cara. Una exclamación de asombro partió de sus labios.

—Cierto… Y hasta creo recordar que se llamaba Helen…

—Ése era su nombre.

—¿Qué sabe usted de todo esto, Loretta? ¿Qué ha visto?

—No he visto nada.
—¿Por qué está aquí?
—Por la misma razón que usted. Buscaba al viejo Berkeley. A esta hora él siempre suele estar en la veranda y… y…
La muchacha parecía al borde del *shock* nervioso. No podía más. Dio media vuelta y trató de huir.
Pero aquellas zarpas de acero cayeron sobre ella.
Johnny la sujetó.
Casi con brutalidad, la obligó a volverse.
—¡Tú sabes algo, Loretta! —barbotó—. ¡Habla! ¡Por todos los demonios! ¡Habla!
Los párpados de la hermosa muchacha temblaban.
Sus labios eran incapaces de modular un sonido.
—No sé nada… —musitó al fin—. Suéltame, Johnny.
—¿Qué has visto?
—Nada.
—Tal vez no hayas visto nada, pero sabes algo —farfulló él—. Sé que es así.
—¿Por qué crees que sé algo?
—No podía explicarlo. Lo presiento.
Los labios de la muchacha se curvaron.
Parecía a punto de perder el conocimiento.
Y tuvo que hacer un terrible esfuerzo para balbucir:
—Yo también presiento muchas cosas, pero no te las diré jamás.
—¿Qué presientes?
—¡No te lo diré jamás!
—¡Habla!
—¡A ti menos que a nadie!
Hizo un brusco gesto, un gesto tan rápido e inesperado que Johnny no pudo preverlo.
Además Loretta era escurridiza como un pez. Antes de que él pudiera darse cuenta, ya se había escabullido de entre sus brazos.
Le miró como una loca desde dos pasos de distancia.
—¡No me preguntes, Johnny! —barbotó—. ¡Tú eres el único que no puede preguntar nada! ¡Nada! ¡Nada!
Su expresión era la de una chica completamente alucinada.
Parecía como si de un momento a otro fuese a sufrir un ataque de histeria.

Johnny Evans casi se impresionó.

De todos modos fue a sujetarla otra vez.

Y las palabras le sacudieron como un latigazo.

—¡Sólo tú tienes la culpa, Johnny Evans! ¡Sólo tú eres responsable! ¡De ésta y de las que mueran después! ¡Tú eres el culpable! ¡Tú!

A través del aire le acusaba con su dedo tembloroso, patético. Sus ojos acusadores perforaban la noche.

Johnny Evans se sintió avergonzado.

No sabía bien por qué.

Pero tenía la oscura sensación de que, en efecto, sólo él era responsable.

No pudo oponerse a que la chica desapareciera.

Loretta se escabulló entre las sombras como una gacela.

Johnny Evans se volvió poco a poco.

También tenía expresión de alucinado.

Las sombras le rodeaban ahora por todas partes. Los vaqueros habían acudido al oír las voces. Hasta el viejo Berkeley estaba allí, con su silla de ruedas. Y estaba también su hijo Jim.

Fue Jim el que balbució:

—¿Qué locura es ésta, Johnny?

—¿Cree que lo sé?

—¿Qué ha visto Loretta?

—Tampoco lo sé.

—¿Pues por qué huye?

—¿Y cómo voy a explicarlo, Jim? Tengo la sensación de que he bebido un barril de *whisky*. De que estoy perdidamente borracho.

—Ella le ha hecho responsable, ¿es cierto?

—Sí.

—Se habrá vuelto loca…

Johnny Evans negó pesadamente con dos movimientos de cabeza.

—No, no se ha vuelto loca —susurró—. Y tampoco le falta la razón. Soy yo el responsable.

—¿Pero por qué?

—Porque aún no he matado a Truman. Tiene que ser Truman el que ha hecho esto.

Jim Berkeley vaciló.

—¿Está seguro?

—Ha matado a ésta como ha matado a la otra, la que apareció asesinada en una cuadra.

Johnny rechinó los dientes.

Todo el mundo le había escuchado ahora en un religioso silencio.

Llevó la mano al revólver.

—Esta misma noche morirá Truman —masculló—. Esta misma noche lo encontraré aunque tenga que buscarlo en las cloacas de Abilene.

Y se alejó de allí.

Casi se manchó las botas con la sangre de la mujer muerta.

Una sangre que le abrasaba por dentro…

Cuando entró en Abilene de nuevo, a lomos de su caballo, la ciudad estaba en plena ebullición. Había broncas y borrachos por todas partes. Había mujeres guapas. Había tíos haciendo cola para entrar en la cárcel, porque al menos allí tendrían un sitio donde dormir. Había de todo lo que, según Johnny Evans, conducía al pecado.

Pero ahora no pensaba en eso.

Su única idea estaba en encontrar a Truman.

No sospechaba que alguien quería encontrarle a él.

Pero no era Truman.

Era el tipo que estaba detrás de aquel rifle.

El rifle giró poco a poco desde la ventana, cuando él avanzó a lo largo de la calle Principal.

Dongil entrecerró los ojos.

Dongil lo había buscado desde que Ted murió. Dongil sabía que, tarde o temprano, Johnny decidiría vengarse. Que no habría paz para él mientras no matara también al segundo de los Evans.

A éste no podría sorprenderlo en una habitación cerrada y a oscuras, como al otro.

A éste tendría que matarlo en la calle.

Pero ya lo tenía.

Hizo coincidir bien el punto de mira y la cabeza de su enemigo y contuvo la respiración para que el cañón no se moviese ni una centésima de pulgada.

Y apretó el gatillo.

Johnny no esperaba que nadie le atacase y por eso iba confiado, aunque mirando a todas partes. De todos modos no vio al borracho que lanzase materialmente el caballo sobre él.

El borracho gritó alegremente:

—¡Yupiiiiii! ¡Aparta, momia!

El choque fue brutal. Los dos caballos y los dos jinetes rodaron por tierra.

Johnny Evans no oyó ni el disparo.

Pero de pronto vio que la cabeza del borracho parecía saltar por los aires.

Una bala de calibre pesado la había atravesado de lleno.

Los ojos de Johnny miraron velozmente hacia el lugar de donde podía haber procedido la bala. Distinguió aquella silueta que se movía en la ventana.

Y vio también el brillo del rifle.

Mascullo:

—¿Truman?

Alguien más había resbalado junto a él.

Acababa de ver también a aquel hombre.

—No, amigo —susurró—. Es Dongil.

La mano derecha de Johnny Evans se abrió y cerró en el aire.

—Dongil…

El tipo de la ventana había disparado otra vez, pero ahora sólo para cubrirse. No apuntaba a ninguna parte. Johnny pasó por debajo de su caballo cuando el animal se ponía en pie.

Tiró dos veces.

La silueta desapareció de la ventana.

El joven hizo un quiebro, porque sabía que Dongil buscaría un nuevo emplazamiento para disparar. Y, en efecto, así fue. La bala casi le rozó la cabeza.

Si no llega a ir avanzando en
zig-zag,
le atraviesa.

Chocó contra la pared de la casa.

Ahora Dongil estaba en mala situación, porque no podía verle. El cobarde comprendió que no tenía más que una salida: intentar huir.

Saltó hacia el pasillo.

Las sombras le protegían.

Pero la silueta negra que apareció entre aquellas sombras le demostró que el camino estaba cortado. Johnny Evans ya estaba allí. Dongil lanzó una imprecación y disparó con su revólver mientras volvía la espalda.

Johnny no se precipitó.

Saltó por otra ventana a un patio interior.

Cortaría la retirada a Dongil.

En efecto, lo vio a unas diez yardas apenas un minuto después. Dongil apretó el gatillo.

Dos balas demasiado rápidas se hundieron en la pared muy cerca de donde se encontraba Johnny ahora.

El joven disparó tres plomos moviendo el revólver en abanico.

Uno de ellos alcanzó de lleno a Dongil. Éste se tambaleó, haciendo aún un último y terrible esfuerzo para huir.

Johnny no tuvo compasión.

Disparó de nuevo.

A matar.

Voló la cabeza de Dongil.

Pero fue entonces cuando distinguió aquella llama anaranjada en la oscuridad y de pronto todo empezó a dar vueltas en torno suyo…

CAPÍTULO X
ALUCINACIONES

Las voces sonaron junto a él. Pero a Johnny Evans le parecía que venían de muy lejos.

Se apoyó en la pared para levantarse y no pudo. Le fallaban las fuerzas.

Sin embargo, no sentía dolor.

No comprendía dónde demonios le había alcanzado el balazo.

Las sombras se disiparon cuando alguien trajo una lámpara. Johnny se apoyó en la pared. Oyó una voz conocida.

—Quieto, amigo.

Johnny parpadeó.

Jim Berkeley estaba allí.

Jim Berkeley parecía tener el don de estar en todas partes.

—¿Pero de dónde sale, Jim?

—Le he seguido.

—Entonces ya ha visto que…

—Sí, ya he visto que por poco Dongil le pela.

—¿Está muerto?

Alguien gritó desde unos pasos de distancia:

—¿Qué si está muerto? ¡Compadre, no le falta nada para estarlo! ¡Tiene dos balas en la cabeza!

—Pero ha podido disparar mientras se desplomaba —dijo Jim Berkeley—. Usted se ha confiado demasiado, Johnny. Ese cerdo pudo haberle matado muy bien.

—¿Dónde me ha dado?

—No lo sé exactamente. Espere.

Le desgarró la camisa.

Sus labios sonrieron.

Jim Berkeley pareció sinceramente aliviado.

—No es nada. La bala ha venido muy oblicua. Sólo un rasguño

en el pecho.

—Entonces no se moleste por mí.

—Nada de eso —dijo Jim—. Cualquier herida puede infectarse. Vamos a ver: ¿alguien tiene *whisky* y vendas?

—Sí, señor Berkeley.

—Claro que sí. Enseguida.

Todo el mundo le obedecía.

No estaba al alcance de cualquiera ser el hombre tal vez más rico de Abilene.

—Y ahora quieto, Johnny.

La suavidad de Jim Berkeley fue exquisita.

Y el cuidado que puso en aquella tarea también.

Hasta diríase que puso ternura. Algo difícil de definir y que Johnny agradeció profundamente.

Sus dedos apenas le rozaban.

Pero le atendieron con una pulcritud, con un cuidado que Johnny no recordaba haber recibido nunca. Al terminar, Jim Berkeley le dirigió de nuevo una sonrisa.

—¿Se siente mejor?

—No.

—Nunca me habían atendido tan bien. ¿Dónde le enseñaron a tener tanto cuidado con los heridos?

—No hace falta que le enseñen a uno para tener cuidado con las personas a las que se aprecia —dijo Jim.

Otros vaqueros les rodeaban.

Todos miraban con simpatía a Johnny Evans, porque Dongil, al que acababa de matar, era odiado en la ciudad. Con la muerte de Dongil, Abilene se había sacudido de encima a una verdadera rata.

—Llevaos «eso» —masculló Jim, señalando al muerto—, y arrojadlo a cualquier estercolero.

Johnny se pasó una mano por la frente mientras salían los dos.

—Lo curioso —dijo— es que yo no había venido aquí a matar a Dongil. Yo buscaba a Truman.

—Pues déjelo para otro día, amigo. Ahora no está en situación de disparar.

—Se equivoca. Me siento perfectamente.

—Ésa es la impresión que tiene, pero si hubiera de mover el «Colt» con rapidez se daría cuenta de lo contrario. No piense en

Truman ahora. Ya lo encontrará.

—¿Y si huye?

—No huirá, amigo. Truman es un cabeza dura. Si se ha propuesto matar a esas chicas, se quedará aquí hasta que acabe con la última de ellas.

—Precisamente por eso quiero matarle. Para que no asesine a nadie más.

—No sufra. Ya dará con él.

—¿Están bien protegidas aquellas muchachas?

—He dado orden de que dos vaqueros de los que mejor disparan se sitúen cerca del pabellón que ellas ocupan. Si alguien se acerca sin permiso, le clavarán una bala donde más daño haga.

Los dos montaron en sus caballos.

El de Johnny no había sufrido daño alguno.

Hasta la lesión en la pata que tuvo el día anterior se había curado completamente.

Mientras trotaban hacia el Berkeley Ranch, Johnny murmuró:

—Hay algo de lo que quería hablarle, Jim, pero ante todo le pido que no se moleste.

—No me molesto. Diga lo que sea.

—Se trata de Loretta.

Jim rió.

—¡Vaya! ¡Ya está aquí el predicador…!

—No trato de clavarle un sermón, créame.

—¿Pues qué pasa con Loretta?

—Verá… Ella me parece una buena chica.

—Lo es.

—Estaría mal que la engañase miserablemente. Loretta no lo merece.

—¿Quién dice que trato de engañarla?

—No sé… Me ha parecido…

Johnny se extrañó de lo que le estaba ocurriendo. Él era un hombre con gran facilidad de palabra. Por eso predicaba. Y sin embargo, ahora no salía de los monosílabos y de las frases hechas. ¿Qué extraña impresión le causaba Jim Berkeley? ¿Por qué diablos él no podía hablar como otras veces?

Jim murmuró:

—¿Usted no ha querido nunca a una mujer?

—Sí. Una vez.
—¿Cómo se llamaba?
—Judith.
—¿Y qué…?
—La asesinaron.
—¿No ha pensado que podría enamorarse otra vez?
—Cuando la vi muerta pensé que nunca más volvería a amar.
—Eso nunca debe decirse. El tiempo todo lo borra, por suerte o por desgracia, y en la vida surgen nuevos sentimientos. Yo creo que es una suerte porque si el dolor que sentimos una vez nos durara siempre con la misma intensidad, no podríamos resistirlo.
Nos moriríamos.
—Eso es cierto.
—¿No ha pensado en enamorarse otra vez?
Jim Berkeley le miraba fijamente al hacer esa pregunta.
Johnny, cosa extraña en él, se aturulló.
—Es curioso que dos hombres que no se tienen confianza hablen de esas cosas —dijo.
—Bueno… Es un tema como otro cualquiera, ¿no?
—Lo que yo quería decirle es que no engañe a Loretta. Si la chica le gusta lo suficiente, cásese con ella.
Y si no le gusta lo bastante, déjela.
Jim rió.
—¡No me complique tanto la vida, caramba! Además, nadie ha dicho que la engaño.
¿De dónde ha sacado eso?
—Me han dicho que usted recibe a otra muchacha en su dormitorio. Una chica rubia con una preciosa melena que le llega hasta la cintura.
—El que una chica entre en mi dormitorio no significa nada malo.
—Pero si va sin ropa la cosa cambia.
Jim parpadeó.
—¿Quién la ha visto así?
—No sé… Se comenta en el rancho.
—Maldita pandilla de fisgones…
—No lo tome a mal. En este mundo todo se sabe.
Jim Berkeley no lo tomó a mal. De pronto su actitud un poco

reconcentrada cambió.

Lanzó al aire una sonora carcajada.

—Vamos a hacer un trato, amigo —dijo más tarde.

—¿Qué clase de trato?

—Aunque usted no me crea, yo hace tiempo que me habría separado de esa rubia.

Pero es ella la que no me deja en paz.

—¿Y qué puedo hacer?

—Échele el sermón a ella.

—Para eso necesitaría verla, ¿no?

—Je, je… No es tan difícil.

—¿Por qué?

—Es posible que pasemos la noche juntos.

Johnny Evans tuvo como un respingo.

La desvergüenza de Jim le dejaba sin habla.

Había momentos en que le parecía un buen chico al que habían dado demasiados mimos. Pero en otros momentos le parecía un sinvergüenza integral, un caradura de tomo y lomo.

—Eso significa que engaña a Loretta —dijo.

—Bueno, pues…

—Creo que usted y la rubia merecen el sermón. Los dos juntos.

—Pues venga a vernos. Supongo que no se escandalizará.

—Lo procuraré.

—Dentro de media hora puede venir tranquilamente a mi dormitorio. Mire, ya estamos en el rancho.

En efecto, atravesaban la gran portalada. Los cadáveres que colgaron allí ya habían sido retirados. Un centinela les saludó alzando el rifle.

Las luces de los edificios principales estaban encendidas. Se notaba que había vigilancia. Incluso hombres a caballo patrullaban de un lado para otro.

Mientras se apeaban, Johnny murmuró:

—De acuerdo, no faltaré a la cita. Pero impongo una condición: los dos van a escucharme atentamente. Aunque el sermón les parezca pesado, se lo tragarán.

Y no consentiré que me interrumpan.

—Está bien, hombre, está bien… ¡Menudo predicador! Oiga… ¿Por qué no se deja la barba?

—Pocas bromas con mi oficio, muchacho.

—Pues si no quiere dejarse la barba, ya sé qué regalarle para su cumpleaños: una navaja de afeitar. Hala, hasta luego.

Los dos se separaron.

Johnny fue a su dormitorio, se arregló un poco y se miró los vendajes. Todo estaba en orden, pero Jim había tenido razón en una cosa: no iba a poder pelear. Los bordes de la rozadura le tiraban.

Consultó su reloj.

Ya había pasado cosa de media hora.

De modo que salió y fue al dormitorio de Jim. Éste se hallaba en un lugar bastante apartado de la casa. Nadie más vivía en aquel lado. Cosa que se comprendía muy bien, si Jim quería mantener sus líos de faldas más o menos en secreto.

Se acercó en silencio a la puerta.

No quería molestar.

E incluso en el último momento estuvo a punto de retroceder, pensando que se metía en un entierro para el que nadie le había dado vela.

Pero la puerta se hallaba levemente entornada.

Sin querer la vio.

La rubia.

¡Y qué rubia!

Estaba de espaldas.

Iba a meterse en cama.

Johnny Evans parpadeó.

Aquella mujer le pareció… Bueno, le pareció despampanante. Pero sus líneas eran suaves, juveniles, perfectas. Era una muñeca. Y resultaba cierto que la hermosa melena rubia le llegaba hasta la cintura. Lástima que sólo pudiera verla de espaldas.

Johnny se dispuso a empujar la puerta.

Pero en el último instante vaciló.

Seguro que Jim no estaba aún allí, y la chica se encontraba sola. Entonces, ¿qué papel iba a ser el suyo? Si la chica no sabía nada, a lo peor se ponía a gritar cuando él entrase.

Iba a ser la monda.

De modo que prefirió esperar.

Volvería unos minutos más tarde.

Se retiró lentamente, sin hacer el menor ruido, tal y como había

llegado hasta allí.

Salió al porche.

Y de pronto aquella figura tropezó con él.

Aquella figura era blanda, suave.

Sus labios aterciopelados casi rozaron los labios de Johnny.

Éste bisbiseó:

—Loretta…

—Le buscaba, Johnny.

—¿Por qué?

—Me gustaría hablar con usted.

—Está bien… Hablemos…

—Aquí no puede ser.

—¿Pues dónde?

—¿Por qué no viene a mi dormitorio dentro de cinco minutos? Allí nadie nos molestará.

Johnny se rascó una oreja.

—Todo el mundo me cita en su dormitorio…

—¿Le ha citado alguien más?

—No, nadie… No me haga caso. Son cosas mías.

—Entonces de acuerdo, Johnny. Dentro de cinco minutos.

—Oiga, Loretta…

—¿Qué?

—Yo creí que vivía usted en Abilene.

—Vivo en Abilene, pero también tengo habitación aquí. Dando la vuelta al porche, a la derecha.

Y añadió burlonamente, con una ironía amarga que iba dirigida contra ella misma:

—¿Le extraña que tenga habitación aquí? ¿No sabe que soy la «amiguita» de Jim Berkeley?

—No emplee esas palabras, Loretta. Se insulta usted misma.

Ella no respondió.

Una nube gris, una nube de tristeza infinita, flotaba en sus ojos.

Dio media vuelta y desapareció.

Johnny se la quedó mirando.

¿Qué significaba aquella tristeza? ¿Qué significaba aquella especie de desesperación que flotaba en los ojos de la muchacha? ¿Por qué quería verle?

Dio unos pasos por el porche.

No miró el reloj, pero cuando tuvo la sensación de que habían transcurrido los cinco minutos fue hacia el lugar indicado. Tras doblar el recodo del porche no vio más que una puerta. Tenía que ser allí.

La empujó.

Y casi pisó el charco de sangre. Casi se tragó su grito de horror. Casi tropezó con la muchacha degollada…

CAPÍTULO XI
UN LUGAR EN EL INFIERNO

Su propio horror le paralizó. Sus manos arañaron un instante el aire, como si quisiera sostenerse en algún sitio. Luego miró con expresión de alucinado lo que tenía enfrente.

Alguien acababa de matar a Loretta.

Acababa de degollarla como a la otra…

Ella aún tenía una última expresión de sorpresa y de horror vitrificada en los ojos.

A Johnny Evans le dolía el pecho.

No se había dado cuenta de que no respiraba.

Por unos momentos no supo qué hacer.

Estaba totalmente desconcertado.

Hasta que de pronto oyó aquella especie de chasquido a su espalda. Aquel leve roce furtivo como el de una rata que se deslizara por las tablas del porche.

Se volvió instantáneamente.

Fue fulminante.

Un segundo de vacilación y ya no lo cuenta.

La bala se clavó en la jamba de la puerta, a su lado, cundo él se volvía. Johnny Evans llevó instantáneamente la derecha al revólver.

Mientras tanto barbotó:

—¡Truman…!

Normalmente hubiese podido acabar con él. Johnny era más rápido que aquel sucio asesino. Pero la herida le tiró. Hizo que su cuerpo se contrajera involuntariamente en las décimas de segundó fatales. Truman dispuso de una decisiva ventaja.

Y fue a aprovecharla.

Su índice se cerró sobre el gatillo otra vez.

Y en aquel momento, justo en aquel trágico momento, la bala le penetró en el flanco izquierdo.

Truman ahogó un alarido.

Fue a volverse.

Johnny Evans había disparado a su vez. La bala alcanzó en la cadera a Truman, que había hecho un movimiento extraño. Pero el asesino aún pudo disparar mientras caía.

Alcanzó de lleno a la persona que había salvado la vida a Johnny.

Éste lanzó un alarido.

Disparó de nuevo y alcanzó de lleno a Truman. Esta vez le voló la cabeza. Pero Johnny ni se fijó en eso. Johnny sólo tenía ojos para ver a la persona que acababa de caer mortalmente alcanzada, a la que pocos segundos antes le había salvado.

Con un soplo de voz balbució:

—Jim Berkeley…

No se preocupó ni de guardar el revólver en la funda. Se abalanzó sobre él. Vio que la bala le había atravesado el lado izquierdo del pecho y que debía ser mortal de necesidad.

Pero aún quiso tener esperanzas.

Aún quiso salvarle.

Desgarró la camisa.

Y entonces sus dedos tocaron algo.

Su boca se abrió en una mueca de incontenible asombro.

No pudo ni gritar.

Había quedado sin voz.

Porque el cuerpo que ahora tenía en sus manos era…

Era… ¡EL CUERPO DE UNA MUJER!

CAPÍTULO XII
LO SIENTO, MUCHACHO

Una triste y débil sonrisa asomó a los labios de Jim Berkeley. Sí: Jim Berkeley. ¿De qué otro modo llamarle? ¿No estaría inscrito así en el Registro Civil? ¿No era ése, de todos modos, su legítimo nombre?

La sonrisa se hizo más apagada.

Infinitamente amarga.

—Ése… ése es un secreto que sólo Loretta conocía… —musitó Jim—. Mi padre siempre había soñado con… con tener un hijo varón. Lo «necesitaba». Lo exigía. Por eso, cuando nació una mujer… creo que estuvo a punto de matarme… Sólo mi madre le hizo entrar en razón. De todos modos… mamá y yo nos fuimos lejos hasta que…

Cerró un momento los ojos mientras hacía un patético esfuerzo para continuar:

—… Hasta que mamá murió… —dijo—. Entonces papá vino al entierro… Yo era… era una niña de cuatro o cinco años… Papá me recogió, me trató con mucho cariño… pero me envió a un colegio del Sur… No tenía que salir de allí hasta que… hasta que…

—¿Hasta que fueras una persona mayor?

—Sí… Y entonces me hizo volver, pero con el pelo cortado y ropas anchas que no delatasen mis formas… Me presentó a todos como su hijo, que ya había terminado la educación en un buen colegio… La verdad fue que no me importó. Yo comprendí sus razones, y él me trataba siempre… muy… muy bien… Por otra parte, el ser hombre tiene sus ventajas. Más libertad… más… más… Bueno… resultaba muy divertido. Pero no creí que… que… un día llegaría a enamorarme.

Johnny le sostuvo la cabeza. También una nube gris flotaba ahora en sus ojos. También sentía la boca terriblemente seca.

—¿Qué significa Loretta en todo esto? —pudo musitar.

—Para que nadie dudase de que era un hombre… necesitaba una chica… Hice un trato con Loretta. Ella tenía que saber el secreto, claro… Pero yo le pagaba muy bien… Nos exhibíamos, nos comportábamos como dos novios… A la gente le parecía natural. Era… era como una prueba ante todo el mundo.

—Pero ella iba a contármelo, ¿no? Ella ya no podía más. ¿Por eso la has matado?

—Sí… Yo no quería que lo supieses por sus labios… ¿Qué te hubiese dicho…? Ella podía destruirlo todo en un momento… Todas mis ilusiones… También degollé a la otra chica porque le oí decir que se había enamorado de ti… Yo… yo la odiaba sólo por eso… A las otras las mató Truman, pero a esa… a ésa la exterminé yo. Quería que vinieras a mi dormitorio y… y te dieses cuenta de todo. Pero en las condiciones que yo misma había elegido. Confiaba en mí… en mi belleza… Pero… no… no en… entraste…

Su voz se ahogaba, su vista se iba.

Johnny balbució con un soplo de voz:

—Pero eso significa que… que…

—Claro, tonto —musitó ella con un último esbozo, con un patético intento de sonrisa—. Significa que me había enamorado de ti… Me enamoré ya en el instante mismo en que… en que vendaste la pata de mi caballo… Per… dona… Tienes que… perdonarme…

Y dejó caer la cabeza a un lado.

Sus cabellos resbalaron entre los dedos de Johnny.

Sus cabellos cortados a lo chico.

No la hermosa peluca que a veces se ponía en su dormitorio, en los ratos en que soñaba que volvía a ser una mujer.

Johnny alzó el cadáver en sus brazos.

Su vista estaba nublada.

Le temblaban las manos, pero su paso fue firme cuando entró en la casa.

El viejo Berkeley estaba allí.

En su silla de ruedas.

Clavando en él una mirada patética.

Johnny Evans dejó lentamente el cadáver a sus pies.

No encontraba palabras.

No sabía qué decir en aquel trágico momento.

Todas las culpas que el viejo Berkeley contrajo con aquello, sus mentiras, sus engaños, las había pagado bien.

Johnny sólo pudo balbucir:

—Lo siento…

Salió de la casa.

En el porche había hombres silenciosos, rostros hoscos, miradas perdidas.

Y también había una mujer.

Marta dijo con voz débil:

—Prepararé tu caballo.

Anduvieron los dos. Atravesaron la hilera de hombres silenciosos. Se perdieron en las sombras.

Johnny bisbiseó:

—Necesito alguien que me acompañe, ¿sabes? He estado siempre demasiado solo, y un hombre sólo acaba volviéndose un egoísta. ¿Por qué no vienes conmigo?

Marta vaciló.

Sus labios temblaban.

Pero era de la ilusión, de la dulce y nostálgica emoción que sentía.

Susurró:

—Esperaba que me lo pidieras, pero no me atrevía ni a soñarlo.

—Entonces acompáñame, Marta. Y no hablemos ahora.

—¿Y si algún día me porto mal? ¿Y si algún día te enfadas…?

Johnny Evans murmuró:

—Te soltaré cada sermón de espanto…

FIN